



Círculo Rojo

Crónicas Lazarillas

Infrahistorias

Crónicas Lazarillas

Infrahistorias

Jesús Damián Teruel Salmerón

“El Chústeru”



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2018

Depósito legal: xxxx

ISBN: 978-84-1304-819-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

- © Del texto: Jesús Damián Teruel Salmerón
- © Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
- © Diseño portada: Antonio Almécija Molina
- © Fotografía portada: Pintura de Carlos Almécija Janssen
- © Fotografía solapa de portada: Antonio Almécija Molina
- © Fotografía solapa de contraportada: Francisco Peinado Hernández
- © Fotografía de contraportada: “La octava trompeta del Apocalipsis”, de Francisco Peinado Hernández

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

AGRADECIMIENTOS

Maricarmen Eza, que me siguió, me ayudó y me comentó con benevolencia. Ángeles Rey Marqués, que también lo hizo, incluso con entusiasmo. Maite Duarte Sáez y Angy Celdrán Lloret, que me hicieron comentarios cariñosos, pero entendidos. También comentaron con cariño mis relatos mis sobrinos, los hermanos Sáez Teruel y López Teruel y David García Teruel, Ángela Teruel y su hermano, Juan Indalecio. Mi sobrina “Chispi” no me hizo ni caso, ni tampoco mi amiga Micaela Sagasetta de Ilurdoz y Paradas (de autobús supongo), ellas se lo perdieron. Menos caso me hicieron mis hijos, Jesús y Juanjo, y mi mujer Esperancilla López, que me leyó, pero no comentó nada, ni mi hermano Juan Alfonso, pero lo anormal hubiese sido lo contrario. Juan Carlos González López se molestó algo en leerme, muchas gracias “Mauro”. Con fervor me siguieron mis amigos “roqueteros” Antonio Jesús Céspedes Gómez e Íñigo Mas Greño, también el hermano del primero, Pepe Pedro. Gracias a mis amigos de Berja, José Robles Torres y Nani Marín Céspedes y a José Antonio Martínez Soler, que me comentó con “regañina”. Gracias a Cristina Soler Contreras, Loli Gutiérrez Pereira, Araceli Martínez Medina y Micaela Cañadas Torres, porque las leyeron todas; también mi amigo Adrián García Maldonado. No lo hizo, en cambio, su hermano Miguel. Gracias a Mercedes Díaz, Michel Aldaevich, Isabel Rodríguez García, Ana María Sarabia Jurado, Pedro Taracena Gil,

Pilar Juárez Arroyo, Elena Otero y Elena Aramendía Bergaraetxea, Carmen Domínguez Betancort y su paisana Lourdes Melián Santana. A Gelu Asensio, a Montse Jarauta, las hermanas López Barba, (Montse y Kika) José Luis Úriz, María Eugenia Simeón Marchante, Luisa María Segura Requena, mi parienta Concha Figueredo Rodríguez, mi sobrina, que no he visto en persona nunca, Cristina Molera Teruel, a Salvador Gallardo, que es un artista y a la niña de mis ojos, la dura rockera Carmelilla Molina y, como no soy tuerto, a la otra niña de mis ojos, Carmen Navarro, la molinera adorable y cariñosa (“peazo” de mujer). Agradezco su seguimiento de una manera especial a Juanma Mercader, por sus elogiosos adjetivos hacia mí, Paco Tortosa Hita, a mi amigo Antonio Almécija Molina “il bonito macholini” y, sobre todo, a Francisca Pinteño Bravezo, que me regaló una historia, y a Inma Olmos Sáez, que me regaló otra.

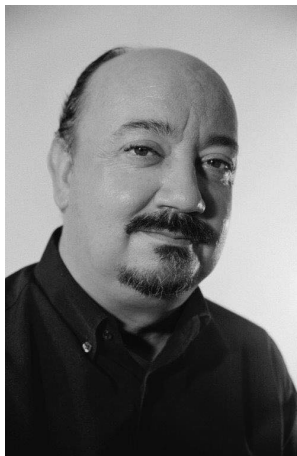
Besos y abrazos a todos y muchas gracias.

PRÓLOGO

Conocí a Jesús (también llamado “El Chústero Trompetero”, El Isocarro”, “El almeriense”, “El largo”, “El rubio” y un sinfín de apelativos más, eso sí, todos cariñosos) hace unos pocos años, gracias a ese invento moderno que es el “caralibro” o, como dicen los pijos, los pijos que saben inglés, el facebook.

Yo ya había estado en Almería varias veces (cuando éramos “ricos y famosos”) con Académica Palanca en el teatro Cervantes y con María Luisa Merlo y Miriam Díaz-Aroca en el teatro Padilla, ¿o fue al revés? No recuerdo bien, pero sí me acuerdo de que eran viajes relámpago. Llegabas al destino y directamente al hotel, luego en un pispás al teatro, al terminar la función de vuelta al hotel y, a la mañana siguiente, tempranito, otra vez de viaje. En esas circunstancias te da lo mismo estar en Almería que en Vigo, porque no te da tiempo a disfrutar de nada.

Luego vino la crisis, con las maletas repletas para varias temporadas. Y las giras teatrales desaparecieron y empezaron las giras por garitos (dicho sin ánimo de ofender, que también es sinó-



Miguel López Vigil

nimo de insultar), giras menos rentables económicamente, pero mucho más ricas en cuanto a vivencias, como cuando éramos jóvenes y despreocupados.

Gracias a Jesús y a nuestra cibernética amistad, me hice con unos contactos en la capital almeriense y fui a actuar allí. Como es lógico, nos conocimos en persona y me presentó a un grupo de gente, individuos dispares, todos muy interesantes, entre ellos Antonio Almécija Molina. Nuestra amistad pasó de ser cibernética al otro plano de Matrix. Y conocí Almería de otra manera, con más calma, como se conocen las cosas, con el traje de diario. Y de vez en cuando repito y voy al Cabo de Gata, especialmente a la Playa de los Muertos, para ahorrarme el viaje al Caribe o al desierto de Tabernas a ver si me encuentro con Billy “el Niño”, o a la sierra de Los Filabres, si tengo ganas de andar, y luego a comer ostras en el restaurante Salmantice. Y por las noches, una excelente cena y un magnífico espectáculo en la Taberna Generación del 27, una taberna que es, no en pasado, sino en presente, un lujo para cualquier ciudad del mundo.

Jesús siempre me ha enseñado cosas buenas: paisajes, lugares, personas, platos típicos (esos pucheros, esa sopa moruna, esa tortilla de présules, ese gambón rojo, ese Perrico, esas uvas...). Pero sin desmerecer nada de lo anterior, Jesús me ha enseñado su tesoro más preciado, sus entresijos, sus entrañas más entrañables, porque cuando uno escribe, se abre al lector, como se abre uno al amor, al cirujano o a la declaración de Hacienda. Cuando uno escribe, enseña sus vergüenzas y sus desvergüenzas, su lado amable y su lado oscuro, su yo y su otro yo, su optimismo y su pesimismo, su cara y su cruz, su haz y su envés, su doctor Jekyll y su Mr. Hyde.

Jesús me ha enseñado estos relatos, breves, sinceros, escritos a vuelapluma, algunos reales. Él me asegura que todos (el del traje de militar teñido de luto es digno de Berlanga y el de la zorra vegetariana podría haberlo imaginado Buñuel), pero da lo mismo.

Que el lector haga sus propias cábalas. Lo importante es que son historias plausibles. Son vivencias que forman parte de su vida y de la vida de mucha gente de su generación. Son el poso donde se basan la niñez y la juventud de Jesús y de sus coetáneos.

Los hay de todo tipo: graciosos, cómicos, hilarantes, románticos, tristes, campechanos, burlescos, autobiográficos... pero todos tienen un denominador común: verdaderos o inventados, pertenecen a la memoria colectiva y al haber sido recogidos en este libro, ya no se olvidarán, ya no pasarán de generación en generación. Mejor dicho, de generación en degeneración, porque las historias que se transmiten de forma oral, se parecen mucho al juego del disparate de cuando éramos niños, ese entretenimiento que consistía en decir una frase al oído de tu compañero, que este transmitía al siguiente y así sucesivamente hasta que el último decía en voz alta lo que le habían comunicado y el resultado era totalmente distinto de la frase original. Lo escrito, escrito queda, y estas historias del siglo XX se leerán en el siglo XXII tal y como las contó Jesús en el siglo XXI. Que ustedes las disfruten.

Miguel Vigil

INTRODUCCIÓN

Los relatos incluidos en esta publicación han sido vividos por personas cercanas o por mí mismo. Son, por tanto, verídicos. Cualquier inexactitud que pueda apreciarse y aparentemente los aleje de la realidad, se debe solamente a pequeñas diferencias sin transcendencia por parte de los transmisores de algunas de las historias. Pudiera darse, además, algún desfase cronológico de días o meses, sin caer en el anacronismo. Asimismo, pueden existir coincidencias entre los personajes de estos y también los lugares donde están ambientados. Estas “infrahistorias” no siempre señalan un ambiente o lugar donde se desarrollan. Todos estos relatos son, además, parte de la historia que quedó inédita en los libros, pero formó parte de la vida y sus lugares, por lo que pueden tener también un enfoque didáctico.

EL CARBONERO SATÍRICO

En 1935, la calle de La Almedina era el centro de Almería, lugar de bullicio y vecindad de una próspera ciudad portuaria. Al final de la calle, tenías la ocasión de llegar al barrio prohibido de “Las Perchas” doblando siniestramente, o sea, a la izquierda. De niño yo pensaba que el paralelismo entre izquierda y siniestra se debía a eso, pues si doblabas a la derecha, llegabas a la catedral y eso era otra cosa. Era esta calle paso habitual de proxenetes, putas, borrachos y gente de mal vivir, pero también de comerciantes y personas que acudían a sus cotidianos y honorables que haceres. También pasaba por allí el coronel que mandaba el regimiento de infantería “Nápoles 24”, ubicado al otro extremo de la calle.

Era este personaje muy devoto y temeroso de Dios y, si no fuese por su escasa brillantez intelectual, hubiera tenido el honor de ser miembro “supernumerario” de la magna obra cristiana, llamada en latín “Opus Dei” (la obra de Dios). El hombre tenía su mérito o quizá, simplemente, todavía no vendían condones en la farmacia de la esquina de esa calle. Además, era el hombre amante de los niños, potenciales miembros de “La Obra”. Tenía 17 hijos. En el medio de la calle, una casa normal, como las otras, albergaba una carbonería. La vivienda tenía, como las demás, un largo pasillo y al fondo una amplia sala. En ella se apilaban los montones de carbón y cisco. Era el carbonero un hombre solterón y cuarentón de carácter dicharachero y amante de la broma gruesa, también gracioso y simpático, quizá

para contrarrestar el negro aspecto que presentaba su ropa y su piel oscurecida, consecuencia de su actividad. Hombre satírico, tenía una peculiar costumbre. En el mes de abril, en los días próximos a las fiestas de San Marcos, colgaba unos cuernos que le había regalado un empleado del matadero municipal y, en el centro de estos, un cencerro encima del marco de la puerta de la carbonería. Amarraba un largo cordel al cencerro de manera que lo hacía sonar al tirar del mismo. El carbonero se situaba al fondo del pasillo sin ser visto desde la calle, pues el local estaba poco iluminado además de oscuro por el polvillo de lo que vendía en su negocio. La calle, muy luminosa en primavera, hacía que nada pudiera verse en la estancia donde se situaba el carbonero. Cuando el vendedor de carbón y cisco veía pasar por la acera de enfrente a algún marido de operaria del barrio de mala nota, al coronel o a algún presunto cornudo, tiraba del cordel haciendo sonar el cencerro con un sonido escandaloso.

A la gente le hacía gracia, aunque no a toda, y los niños se reían sin saber por qué. Incluso los que se sentían aludidos no movían músculo alguno y, a veces, sonreían, tal vez por eso que dice el refrán: “quien se pica, ajos come”.

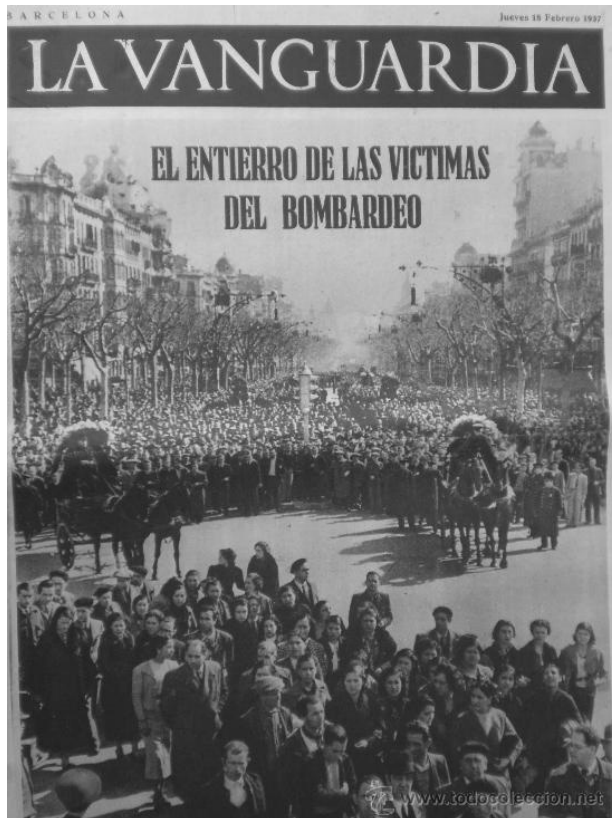
EL CHÚSTERU



Fotografía de August Sander

“A menudo, los personajes aparentemente más vulgares, nos sorprenden con una sutileza impropia de estos y un fino genio, aunque solo sea para el chabacano arte de poner en evidencia, de forma jocosa, las miserias y vergüenzas de los transeúntes de su vecindario.”

LAS TROMPETAS DE JERICÓ



Portada de La Vanguardia, 18 de febrero de 1937

Era el año de 1938 en Barcelona, donde había una importante colonia de almerienses que vivieron allí la mal llamada Guerra Civil. Barcelona y Almería, siempre juntas, como si la segunda fuese un barrio Barcelonés a muchos kilómetros. Servía un almeriense de veintidós años, del pueblo de Vélez Blanco, en la Ciudad Condal en el grupo de camilleros de la “Cruz Roja Internacional”. Tuvieron un mes de enero, el de ese año, de mucha actividad recogiendo cadáveres que llenaban las calles de la ciudad, tras el paso de las escuadrillas italianas que bombardearon todos los días de aquel mes.

Los “Savoia S-79 y S-81” se hicieron habituales, rompiendo el cielo azul oscuro de invierno y desplazando fatalmente a palomas y gaviotas. Las “Trompetas de Jericó” se escuchaban todo el día casi a la par que el agudo sonido de las sirenas que anunciaban el bombardeo. Este era tan constante, que en muchas ocasiones no daba tiempo a que la población alcanzase los refugios antiaéreos, dejando, como resultado de los mismos, un gran número de víctimas. En aquellos bombardeos fue víctima, también, la madre de los escritores Juan, Luis y José Agustín Goytisolo. Muchos cadáveres rotos, desmembrados e irreconocibles, esperaban, inertes en la calle, ser recogidos por los camilleros. Cuando dejaba de escucharse el siniestro silbido de la última “Trompeta de Jericó”, salían Juanito (el Almeriense de Vélez Blanco) y sus compañeros a recoger el producto de la masacre, cuerpos sin vida, algunos completos, otros desmembrados o faltos de algún apéndice o parte capital del mismo. Los cargaban en las camillas boca abajo y los llevaban a una enorme sala. Al llegar a ella, basculaban lateralmente la camilla, quedando los cuerpos boca arriba o pecho arriba. Llegaban los camilleros, descargaban y volvían a salir, porque aún quedaban muchos muertos en las calles.

Otros miembros de la Cruz Roja tapaban los cuerpos, sobre todo la parte superior de los mismos, procurando que, como

máximo, solo quedasen sin cubrir la parte inferior de ellos o las extremidades inferiores. Juanito era de escasa envergadura y le quedaba el uniforme muy ancho, sobrado por todas partes, y muy ancha la pernera del pantalón. Cada vez que salía, esta se le enganchaba con los zapatos de un cadáver que yacía junto a la puerta y que tenía los pies muy grandes. Aquello empezó a inquietar a Juanito que, por una ironía o casualidad, se apellidaba como la batalla importante que se libraba en el frente de Aragón, “La Batalla de Teruel”. Dicen que los bombardeos diarios eran debidos al afán del Frente Nacional por debilitar la retaguardia de aquella batalla y por ser Barcelona la nueva capital de la República.

Tantas veces quedaba Juanito enganchado en aquel pie enorme, que empezó a incomodar también a su compañero de “tándem” camillero, un burgalés mucho más corpulento que él y más alto, que le dijo: “Juanito, igual ese muerto es un conocido tuyo o familiar y quiere dejarte un mensaje “post mortem”, ya sabes que en esta ciudad hay mucha gente de tu tierra. Destápalo y descubre su identidad”. Pensó Juanito que sería buena idea, todos sabemos que los muertos no se manifiestan salvo en la “ouija”, pero la guerra aquella había dejado tantas vivencias esperpénticas, que nada asombraba ya a la gente que la vivía a diario. Así que el pequeño camillero, se acercó al difunto para retirar la manta que lo cubría a fin de ver si era conocido. El resultado fue un chasco, no porque el cadáver le fuese totalmente desconocido a Juanito, cosa que nunca supo, y no porque tuviese este una grave desfiguración facial. Simplemente, a aquel cadáver le faltaba la cabeza.



Ilustración de Jacques Tardi

“José Agustín Goytisolo cayó, voluntaria o involuntariamente, desde la ventana de su piso de Barcelona situado en una tercera planta, el trece de abril de 1999 a las cuatro de la tarde. Cuando tenía diez años perdió a su madre a consecuencia de los bombardeos que la aviación fascista sometió a la ciudad durante todos los días del mes de enero de 1938. José Agustín, hermano de los también escritores Juan y Luís, quedó más afectado que estos por la muerte de su madre, hasta tal extremo que puso como nombre a su hija “la madre perdida. José Agustín no superó nunca este hecho. Vivió en una ausencia constante que le proporcionó una existencia difícil, quizá por ello decidió poner fin a esta.”

PATROCINIO Y EL CIRCO

PARA ADULTOS

Patrocinio no es un auspicio ni un mecenazgo, al menos esta Patrocinio.

Me refiero a “La Patro”, una muchacha pobre que nació y se crió en las pobres y secas tierras de las estribaciones de la baja serranía almeriense. A veces, muy pocas, la desesperación de saltimbanquis, titiriteros y otros artistas ambulantes, les hacía realizar una “turné” por esos lugares miserables. También se veían afiladores, lateros y “lañeros”.¹

Estos artistas casi indigentes cobraban en especie, pero no en ricas especias de “Las Indias”. Llamaban así a trozos de pan sobrante de varios días, a veces de semanas, y a trozos de tocino rancio. Ya en el Medievo, Lázaro de Tormes le preguntaba a su amo, hidalgo mendigo, que en cuál de las dos Castillas se sacaba mejor el sustento en forma de caridad. Una era rica, pero sus gentes tacañas y la otra pobre, pero de gentes más desprendidas y generosas. El hidalgo mendigo, que era más viejo y más sabio, le dijo: “Lázaro, más da el duro que el desnudo, vayamos a la Castilla del norte”. Pero en la España de aquel 1939 para cómicos,

1. Lañero: artesano que reparaba cuencos y otros cacharros de barro y cerámica uniendo sus piezas con “lañas” de alambre.

vagabundos, pedigüños y otros toreadores del hambre, no eran importantes los puntos cardinales patrios, la miseria era patria y patrimonio de todos y desnudos estaban casi todos.



Un jueves del octubre famélico de 1939, llegó al pueblo de la Patro un circo pequeño de lonas roñosas, desteñidos ya los colores de aquella carpa vistosa que se asomó al sol por primera vez un luminoso día de mayo de antes de la contienda, en la vecina ciudad de Murcia. La Patro vio pasar la ruidosa camioneta “Dodge M-37”, que teniendo solo dos años parecía haber participado en la guerra civil y en otras cuantas más. Viajaban en esa chatarra prematura todos los artistas que hacían el espectáculo. Entre ellos Ricardo, que se quedó mirando a la muchacha al pasar junto a

ella el vehículo, con unos ojos que la Patro nunca olvidaría. Ni los de Ricardo, ni otros muchos más de mirada obscena.

Patro asistió a la función del domingo con el vestido más bonito que había en la casa, que era la recopilación de varios. Uno de ellos, el de comunión, que estrenó en mayo del 34 antes de la guerra, porque, aunque España era impía, también se celebraban sacramentos. Después, se cambió la laicidad por la hambruna y una miseria que no dejó lugar a lo superfluo.

Ricardo era funambulista y caminaba sobre el alambre con oficio y pericia. Otros equilibristas realizaban el difícil caminar sobre el fino acero con los ojos en el infinito. Ricardo, sin embargo, tenía fijos sus ojos en los de la Patro y esta en los suyos. Los ojos de la niña, inocentes, hacían solo de sensores para coordinar los latidos de su joven corazón. Los de Ricardo, en cambio, coordinaban los impulsos de su bragueta y estómago y, más que mirar, observaban.

Al acabar el raquíptico espectáculo de circo menor, salió alevoso Ricardo por el radio de la pista más próximo al pasillo de entrada y salida de localidades, buscando con premeditación un encuentro con la joven y, a ser posible, un restregón. La Patro, después de chocar con él y aceptar una señal de disculpa, fue incapaz de hacer andar a sus pies, parecía que no quería irse. Ricardo aprovechó para acercarse al oído de ella y decirle: “esta noche recogemos y partimos mañana antes de que el sol asome por la loma que hay frente a tu casa. Pasaré por la puerta, coge lo que tengas y échalo a un petate. Diré al jefe del circo que pare la camioneta y tú te subirás a ella, vendrás conmigo, serás mi mujer y verás salir el sol lejos del pueblo y muchos más amaneceres en otros horizontes”.

La Patro aceptó porque se había enamorado de sus ojos, de su voz y de su facundia, experta en embaucar y en artes de “trilería”. O quizá no fue capaz de decir un no por falta de costumbre. Patrocino Rodríguez, efectivamente, vio salir el sol por otras lomas y cordilleras y, como aún no era artista, fregaba, guisaba, lavaba

la ropa y atendía a la cabra hasta que debutó y estrenó un nuevo nombre. Empezó a ser “Violeta Dorado”. Comenzó a actuar de ayudante de mago, vestida casi sin ropa. La Patro era hermosa, muy hermosa, a pesar de haber tenido embarazo y parto de dos niños que murieron de pequeños, niña y niño. También eso sufrió la muchacha.

Con el tiempo, el hambre general se fue aliviando, al mismo tiempo que los vestidos de artista de Violeta iban menguando y la caja de la taquilla del circo, gracias a la mayor “parroquia”, engordando. Aún engordaba más la caja cuando el circo hacía dos funciones diferentes, por la tarde la normal y por la noche la de adultos. En la función para adultos, la Patro actuaba sin ropa y después, Ricardo ofrecía aquel cuerpo desnudo y hermoso a algunos mirones, a cambio de buen dinero, para llevar a la joven mujer a lo más bajo de la condición humana: la prostitución. La Patro, que ya dejó de ser tan cándida, decidió no ser más “Violeta Dorado”. Una noche en que Ricardo se durmió profundamente mecido en los dulces brazos de la ginebra, la Patro salió de la caravana y entró en la estación que había junto al descampado donde se instaló el circo, se escondió en los lavabos sin dormirse y salió de ellos cuando escuchó llegar un tren, subió a él y la casualidad hizo que el destino de ese tren fuese la ciudad capital de su provincia de origen y, además, se topó con otros ojos que la miraron. Los ojos de Antonio, un ferroviario que hacía su último servicio antes de jubilarse y, traicionando su profesionalidad y diligencia, no la echó del tren en la siguiente estación y permitió que llegase a Almería sin billete.

Poco después, Antonio y Patrocinio se volvieron a encontrar y ella volvió a percibir la agradable sensación del revoloteo de mariposas en su estómago, igual que 36 años antes, cuando vio los ojos de Ricardo. Pero en esta ocasión, la vida les dio la oportunidad a ella y a Antonio de ser felices. Hoy yacen sus cuerpos inertes en dos nichos contiguos tras el mármol blanco de una

sola lápida que les cubre a ambos, como la de mis amigos Pepe Borbalán y Joaquín Montesinos, en el mismo cementerio. La inscripción que hay en ella me llamó la atención y me hizo indagar sobre sus vidas y escribir su historia, que casualmente una amiga mía conocía y me contó. La inscripción dice: “Que les devuelva la muerte lo que les robó la vida”.



“El teatro chino de Manolita Chen se fundó en 1950. En el circo donde transcurrió la escabrosa juventud de Patrocinio, se alternaba el espectáculo circense con el erótico, pero, en este caso, las actuaciones de la Patro eran menos coloristas y menos alegres para la protagonista: una joven hermosa que no tuvo más alternativa que exhibirse e incluso prostituirse. La Patro forjó su personalidad pusilánime debido al miserable entorno donde nació y transcurrió su adolescencia. Su paso a la vida adulta no la cambió, al contrario, el escapar de la pobreza le hizo caer en un mundo más oscuro, un ambiente de miseria itinerante. Hasta que asumió el riesgo de aventurarse de nuevo y el destino le ofreció un futuro parecido al que ella aspiraba, ya tardó, y no lejos del punto de partida de su primera aventura.”

EL ESPECTRO DE LA NIÑA MUERTA

Fue en el invierno de 1940, en una aldea que no conoció la guerra ni la hambruna feroz posterior de la posguerra, pero sí la escasez y la miseria que corrieron paralelas desde que se asentaron en ella sus escasos pobladores. Había una casa en la aldea, apartada del resto en un promontorio yermo: “la casa grande del páramo seco”. La habitaba un matrimonio cercano a la ancianidad, yermo como el páramo. Ezequiel y Catalina se llamaban.

Se llevaron un susto y una sorpresa una mañana cuando, al abrir la puerta, encontraron una banasta hundida en la nieve, tapada casi entera por una tela de arpillera a modo de manta. Dentro había un recién nacido. La pequeña criatura no se movía ni lloraba, creyeron que había muerto por el frío de la noche. Sin embargo, el cuerpo pequeño empezó a moverse y a emitir unos sonidos que no eran llanto de niño, sino unos gritos agudos y siniestros, que parecían alaridos de una alimaña herida.

Alguien que no la quiso la metió en aquella improvisada cuna y se deshizo de ella abandonándola a las puertas de la casa de este matrimonio sin descendencia y presuntamente receptivo. Fue el alumbramiento de aquella vida una vergonzosa carga, consecuencia de un incesto, y esa consecuencia portaba taras endogámicas.

Era una niña y con el tiempo se hicieron perceptibles esas taras: deficiencia mental, la boca algo torcida y tras sus párpados

había dos ojos pequeños. Uno era precioso del color de la azurita², pero no el otro, que era blanco y “güero”, sin iris ni pupila, como el ojo de un pez muerto.



El matrimonio casi anciano la acogió con cariño. El viejo Ezequiel le fabricó una muñeca con una cuchara grande de madera a la que puso unos trozos de soga gruesa a modo de brazos y piernas y Catalina le confeccionó un vestido con trapos viejos de enagua. Además, el viejo le pintó unos ojos, una boca y una nariz a la cuchara, para que pareciese una cara. La niña tuerta de la casa del páramo seco siempre llevaba la “muñeca” en su mano izquierda, porque era zurda. Esto era cosa mal vista en cuanto a modales ortodoxos a la hora de comer, pues se decía que se ofendía al Altísimo cogiendo el pan que Dios te había dado, aunque este fuera escaso, con la mano siniestra y, en general, motrizmente deficiente que no servía para el trabajo, requisito previo e ineludible para ganarlo. La llamaban “la mano tonta”. Hubo en 1918

2. Azurita: piedra mineral de cobre, de color azul intenso y aspecto traslúcido.

una epidemia de gripe que dejó en el mundo entre 50 y 70 millones de muertos y fue en España, esta epidemia, especialmente virulenta. De hecho, se la conoció en el país por las autoridades sanitarias como la “gripe aviaria” y en el resto de Europa como la “gripe española”.

La niña siempre iba con la muñeca en su mano hábil desde que empezó a andar con tres años y medio, mientras que la otra mano la escondía en el bolsillo, también el ojo que no era bonito a menudo lo cerraba para que no lo viese la gente con la que se cruzaba.

La niña murió a los once años, por un rebrote de aquella gripe, pero nunca se fue de la aldea.

Cuando el traje de la muñeca desapareció por la pertinaz acción de la polilla, la cuchara volvió a ser un útil de cocina y la niña nunca lo abandonó. Pasaba los días enteros recorriendo la aldea y llamando a las casas, golpeando las puertas con la cuchara grande de madera que fue su muñeca.

Después de su entierro, la cuchara siguió golpeando las puertas de las casas a cualquier hora del día o de la noche. También desaparecían cosas de las casas tras haber estado la niña en ellas. La pequeña tuerta, además de que solo veía por un ojo, tener un retraso mental severo y perceptible y ser zurda, tenía tendencia a la cleptomanía (siendo, en este arte, ambidiestra). Después de haberla enterrado tras su presentida muerte en el precario cementerio que había a tres kilómetros y que albergaba muertos de varias aldeas cercanas, contaban que era vista entre los fuegos fatuos, porque los enterramientos se hacían sepultando los míseros ataúdes cubriéndolos solo con tierra y cal. También la veían asomándose a las ventanas sin cristales de las casas que quedaban abandonadas. Incluso la cámara que portaba en su casco un cicloturista que recorrió con su bicicleta de montaña aquel lugar sin habitantes, captó, 60 años después, el espectro del pequeño fantasma que se asomó a la ventana de una de esas casas (llegó

a poner el video en su perfil de Facebook, indicando el minuto en que la cámara captó el espectro de la niña muerta). Dicen que murió supuestamente víctima de aquel rebrote de la gripe española. Fue amortajada con su vestido de comunión y velada en “la casa grande del páramo seco”. Asistieron al velatorio todos los vecinos de la aldea y muchos de las cercanas. Hizo mucho frío aquella noche luctuosa y los asistentes tiritaban, sobre todo hacia las dos de la mañana, cuando el pequeño cadáver, que yacía en un sencillo féretro, abrió un ojo precisamente ese ojo. Un escalofrío inundó la estancia y recorrió la piel de los que se hallaban en ella, pero nadie se acercó al cadáver de la pequeña difunta para cerrarle ese ojo blanco que abrió o se le abrió, quedando iluminado casi por capricho por uno de los candiles de aquella sala fría. Aunque el hecho del ojo abierto creó cierto desasosiego entre los velantes, alguien tranquilizó a los asistentes comentando que aquello ocurría algunas veces, incluso llegó a relatar algún caso. Simplemente se debía al efecto del “rigor mortis”.

En aquella época apenas se conocían casos del fenómeno de la “catalepsia”.

A la mañana siguiente la enterraron y los pobladores de la aldea sintieron cierto alivio cuando vieron desaparecer el pequeño féretro bajo las paladas de tierra que taparon la fosa. Pero aquella misma noche volvieron a escucharse los golpes de cuchara de madera en las puertas de sus casas y, días después, se volvió a ver a la niña de “la casa grande del páramo seco” asomada a las ventanas sin cristales de las viviendas abandonadas. Gente de otras aldeas contaba que, al regresar a sus casas de noche, habían visto entre los fuegos fatuos el espectro de la niña muerta de “la casa grande del páramo seco”, al pasar cerca del cementerio. Seis años después hubo una tormenta fuerte que generó torrentes que anegaron bancales, derribó balates y tapias y removió tierras. También el cementerio se vio afectado, quedando destrozado por los torrentes que provocó la tormenta, que removieron y arrastraron

la tierra que cubría las tumbas y algunos cadáveres quedaron al descubierto. Las fosas quedaron inundadas y algunos cuerpos estaban momificados, ya que las condiciones climáticas del lugar favorecían este fenómeno. Los cuerpos de los muertos quedaron expuestos flotando en sus fosas inundadas, como si estuviesen en una bañera. También se inundó la tumba de “la niña de la casa grande del páramo seco” y quedó a la vista su cadáver momificado. Todos estaban panza arriba, todos menos el de la niña, que estaba boca abajo y se había comido tres dedos de su mano tonta.



Ejemplo de catalepsia en la momia de Ignacia Aguilar

“Ser enterrado vivo es uno de los mayores miedos de humanidad (a causa de la catalepsia). No es un temor infundado, existen numerosos casos de personas, aparentemente muertas, que fueron enterradas estando aún en vida. A la niña la enterraron viva, los golpes de cuchara que daba en las puertas cuando estaba viva, los dio hasta extenuarse en la madera de la tapa del féretro en el que se la enterró. Después, se volvió boca abajo y la desesperación hizo que empezara a comerse a sí misma.”

EL LUCTUOSO ATUENDO

Viator, Almería, centro de instrucción y reclutamiento en 1941. Los veteranos de la guerra civil tuvieron que repetir compromiso con “La Patria”, la otra patria no lo era. No estuvo mal para algunos que podían comer a diario y vestirse cuasi decentemente gracias a eso, y sobre el vestido va la historia. Berlanga y Álvaro de La Iglesia fueron divisionarios y eso les ayudó a realizar su labor cinematográfica y en prensa con holgura, por poseer ese bagaje que usaron como una patente de corso para burlar la censura tantas veces. Uno hacía películas en tono surrealista, dejando de manifiesto, por ejemplo, que en España existía la pena de muerte. Películas graciosas, pero con el título bien puesto (“El Verdugo”). El otro dirigía la revista más audaz para el lector más inteligente. También estaba Buñuel, pero este se ve que lo hacía más a lo bestia y daba el cante por mucho surrealismo que le echara, por eso tuvo que poner todo el Atlántico por medio.

La historia que pasó en este centro es real, pero parece surrealista o pudiera parecerlo para quienes tienen menos de cincuenta años. Ocurrió que a uno de los reclutas se le murió un familiar cercano y en cuestiones de enterrar en sagrado, con pompa y protocolo, el régimen era tolerante e incluso colaborador. Expidió el correspondiente permiso y el recluta pudo ir al entierro. Tenía que volver y volvió, pero el uniforme militar que vestía a su vuelta

ya no era igual, algo había cambiado, en concreto su color. El resto de los soldados lo entendieron al momento, todos sabían que si comían era gracias al rancho que les proporcionaba la gloriosa y cristiana patria, y solo portaban sobre sus huesos y su pellejo, como vestido, el uniforme que les proporcionaba el glorioso ejercito vencedor y nada más. Incluso si no fuese por las botas andarían descalzos.



Imagen de un entierro, Josep Buil i Mayral

Efectivamente lo habréis adivinado, el soldado utilizó su elegante uniforme militar para asistir a los actos funerarios y a alguna tía suya seguramente se le ocurrió teñir el traje de negro, como es de rigor para asistir a los eventos fúnebres, de puro luto de posguerra y claro, de luto volvió. El cachondeo fue cosa grandiosa y muy comentada por parte de todos, incluidos los mandos, que, a pesar de aquel atentado al uniforme, que según el código de justicia militar de la época debería ser castigado con duros arrestos o “empuramientos” (como se dice en el

argot soldadesco a quien atentara contra el uniforme militar), no pudieron aguantar la risa al enterarse. Todos se reían, los soldados comedidamente porque sabían de escasez y miseria, pero el mando más directo a la tropa tenía el deber de actuar y trató de hacerlo. Era este un sargento bilbaíno de donde dicen que sufrieron menos la escasez y no pudo aplicar el castigo. No pudo emitir una orden de arresto sobre aquel soldado, porque un largo ataque de risa se lo impidió.



Imagen de la Biblioteca Nacional

“1941, año glorioso. El nacional catolicismo y tradicionalismo campaba triunfante y sus efectos eran bien visibles. Había que cumplir con la patria... pero también con el culto y las tradiciones. El mundo militar y religioso iban de la mano y, en muchos casos, eran complementarios en tan perfecta simbiosis que, a menudo, no se sabía cuál era la militancia castrense y cual la religiosa. Se fundaría la O.J.E. en 1960, la división azul en 1941 y, por parte religiosa, se fundaron las beatas trinitarias que eran unas señoras asiduas de la iglesia que vestían una túnica nazarena con un cordón amarillo, habiendo también hombres que lo portaban a modo de corbata. Por tanto, la sintonía entre el estado y la iglesia era permanente. En este caso, el uniforme de milicia resulto ambivalente, tanto para ejercer el deber patrio como para cumplir religiosamente en los actos protocolarios de un sepelio acudiendo a el de riguroso luto como la tradición manda.”

LOS QUE REPITIERON MILI

Almería, año 1942.

Los que fueron quintos antes y durante la cruzada anti diabólica, tuvieron que repetir instrucción, porque el servicio que se prestó a la Patria fue considerado nulo o incluso bastardo. Hubiese sido suficiente haber tenido un registro de los combatientes que lucharon por España y eximirlos de repetir tan gloriosa experiencia, pero no, había que repetir y jurar lealtad al nuevo orden grandiosamente establecido.



Como todas las cosas, esto tuvo su “*lao* bueno y su *lao* malo”. Hubo gente a la que le perjudicó tener que volver a someterse a disciplina o, más bien, alienamiento y otros, en cambio, comían a diario gracias a tal circunstancia.

Y esa circunstancia, además, dio pie al inicio de un incipiente trapicheo con los chuscos de pan blanco, como también lo había de productos de huerta.

Estaba el centro de instrucción, y aún lo sigue estando, en zona rural próxima a la capital, donde se extendían los campos cultivados, granjas y cortijos.

Estaban las huertas protegidas por perros de cortijeros, flacos y deseosos de variedad gastronómica, así que se acercaban al campamento a devorar desperdicios y sobras de rancho de tropa. Era tal la asiduidad de estos canes al vertedero del campamento, que acabaron haciendo amistad con los soldados. Luego, estos bajaban a los cortijos a recoger patatas, cebollas y lechugas con una mano robando y con la otra acariciando el lomo del perro que se le acercaba cariñoso.

Una vez encontraron un par de perros nuevos y uno de los reclutas echó una cebolla gorda a la tina de agua donde bebían los perros y estos acudieron con rapidez a comérsela. Al ser la cebolla mayor que el radio de mordedura de sus fauces, no tuvieron más remedio que beberse los aproximadamente 50 litros de agua que contenía la tina, para poder agarrarla y comerla.

Mientras, los soldados a lo suyo. Fue así como empezó el trapicheo de productos de huerta, que, aunque no creo tenga nada que ver con el origen de

los actuales mercadillos, es casi lo mismo. Mercancía que se vende algunas veces presunta de tener origen parecido.

LA EMIGRACIÓN INVERSA

Una mañana de mayo de 1943, la pequeña Inés, de doce años, despertó sin saber si fue un sueño o una vivencia lo que vio al acabar el día anterior cuando ya el sol se había sumergido en las aguas del mar que bañaba el pueblo costero donde vivía.



La niña había salido con otras vecinas de su edad del barrio de pescadores donde estaba su casa, como otra tarde más, a ver el atardecer rojizo que daba inicio a la oscuridad de la noche y

escucharon ruido de motoras cuando ya las barcas de sus vecinos habían salido a la pesca de cercanía. Esas embarcaciones que vieron no eran las traíñas con base en el puerto pesquero de su pueblo, eran barcas de desembarco de una poderosa flota de navíos de guerra, que procedían de la costa marroquí. Vieron subir a ellas mujeres jóvenes que se desnudaban y untaban axilas e ingles con ungüentos de fuerte olor a fenol. Eran ungüentos a base de jabón fenicado que se usa como germicida y a veces como antiparasitario, o sea, para prevenir “golondrinos sobaqueros” y “ladillas genitales” (también se usa para lavar mascotas al objeto de ahuyentar pulgas y garrapatas).

Las niñas creyeron que esas jóvenes que subían a las barcas eran brujas que salían de noche para participar en ritos de brujería, pero erraban, no eran sino prostitutas que ejercían en lupanares que, como setas, emergieron de las pobres tierras africanas en torno a las bases militares instaladas en el litoral de Marruecos.

Un año antes, el ocho de noviembre, Estados Unidos (de América) había establecido bases desde Kenitra hasta Oujda y toda la región de Anfa. Su logística y despliegue había dado abrigo a la instalación de servicios e infraestructuras en toda la zona. A aquello se lo conoció como “El Maná de las bases”. Eran la fuente principal de este Maná las oportunidades de lucro rápido y seguro que proporcionaban los prostíbulos. Prosperaron rápido, corriendo en abundancia dólares, francos y pesetas. Tenían estas monedas, como analogía, un mismo valor loable, ninguna tacha xenófoba ni racista había en ellas.

En los lupanares más conocidos: “El 95”, “La Bombonera”, “La Casita de Papel”, “La Reja”, “El Circo” o “El Palacio de Cristal”, tenían franca la entrada todos a quienes les lucía más en su cartera el bulto de sus billetes que un ilustre pasaporte. Sus meretrices: Madame Magüí, “La Polito”, “la Piojo” o la “Higonegro”, disponían en sus locales gran variedad de “operarias del sexo” de diversa procedencia, también entre estas operarias estaban las su-

puestas “brujas” del pueblo costero almeriense que regresaban a él, cargadas de joyas y abundante dinero.

Los clientes americanos eran espléndidos en pago y dádivas, pero había un cliente autóctono, Ad-delaziz Aberkan, “El Moro Juan” tan generoso o más que el resto de la clientela por los servicios prestados y las molestias causadas. Poseía el rico negociante un apéndice anatómico icono de virilidad que parecía más de equino que de humano y era generoso tanto para el abono del servicio como para la agradecida “propina”. Al menos uno de sus 27 hijos fue agraciado con tal herencia genética.

Inés y sus amigas pasaron su niñez y adolescencia creyendo en brujas, mejor creer en antiguas mitologías que en antiguas profesiones. Se enteraron muchos años después que las brujas no eran tales, a través de un viejo legionario que conocía los verdaderos aquelarres en que participaban aquellas supuestas brujas. Por otra parte, algo de eso tendrían por sus misteriosas desapariciones y apariciones, completamente transformadas en cuanto a vestidos, joyas y otros abalorios. Desaparecían en la noche completamente desnudas y aparecían de día muy vestidas e incluso adornadas, pero su ostentación de riqueza no procedía de la nigromancia, sino del fornicio.

“La ubicación de bases militares y movimiento de ejércitos proporcionan una actividad económica con importantes y rápidos beneficios a las zonas donde se instalan. Una de estas actividades es la prostitución. La población de estos lugares es escasa, es por ello que se hace necesaria la emigración, en este caso, a la inversa (de Europa a África). Este relato se refiere al periodo de la segunda gran guerra de Europa. Las bases eran norteamericanas, la guerra y el negocio siempre van de la mano.”

1950, LA HISTORIA MALDITA

Ella nació fea. Dicen que todo el mundo nace feo, pero a ella se le fue acentuando con el tiempo. Con joroba, estrabismo y una pierna más corta que la otra. En la pila bautismal y en el registro, la obsequiaron con el nombre de Tomasa. Pero, sin duda, lo peor de todo, es que nació pobre, solemnemente pobre, en 1950, en un pueblo por el que, aún sin pasar la guerra, se vivió la escasez de la posguerra, como la vivieron los más pobres entre los pobres.

Dicen que la desgracia casi siempre es congénita y en su caso lo fue, porque, además, la embarazaron sin haber tenido conciencia siquiera de un efímero momento de niñez feliz.

El autor del agravio quedó anónimo, como era de esperar, quizá por la vergüenza del acto y de con quien lo realizó, por eludir responsabilidades o esquivar un escopetazo de algún familiar cabreado de Tomasa, aunque esto último era menos probable. Poco importaba Tomasa a sus familiares. Si los tenía, no se identificaban.



Una tarde noche de tormenta, a pocos meses de conocer su infeliz estado, salió Tomasa sin abrigo ni paraguas, quizá con la esperanza de que la partiese un rayo de los de aquella tormenta y tomó el camino de “las marraneras de D. Eulogio”, una zona que nadie frecuentaba si no era para ir a la vega. Pisaba el pasto resbaladizo de la vereda que transcurría entre las balsas de riego y se alejó hasta desaparecer. Solo las luces de los fuegos fatuos del cercano cementerio y los relámpagos de la tormenta recortaban la silueta notablemente asimétrica y pequeña de Tomasa, que discurría por sendas resbaladizas que no tomaría de regreso nunca más.



Ilustración de Jesús Teruel

Los pies de Tomasa patinaban dentro de las sandalias, con suela también muy resbaladiza, y le hacían muy difícil el tránsito por las veredas cubiertas de pasto amarillo y húmedo por la lluvia. Varias veces llegó a caerse quedándole, además, el cuerpo dolorido y cansado.

Tomasa no volvió al pueblo, ni a la casa donde trabajaba como “sirvienta-esclava”.

La buscaron durante una semana y no apareció. Increíblemente, el vecindario ahora la echaba de menos. Abandonaron la búsqueda y empezó a correr el rumor de que fue una huida voluntaria para ocultar una vergüenza. La buscaron con ahínco y no la encontraron y, sin embargo, apareció por casualidad a los nueve días. Fue el pastor del pueblo que vio algo flotando en la superficie de la balsa donde bebían sus cabras. Era una sandalia envuelta en tobas, cogió el pastor una rama para alcanzarla y asegurarse de lo que era y al introducir esta en el agua, emergió un cuerpo. Era el de Tomasa. Ella no pensó nunca ni hubiera querido ser la protagonista de la historia que más se comentaba en el pueblo, incluso a aquella tormenta se la bautizó con su nombre. A la tormenta, que solo era un fenómeno meteorológico frecuente en primavera, le daba igual. Pero la otra Tomasa tenía alma, corazón y vida, vida hasta ese día. Lo del alma lo dejó para algunos y el corazón... ese se lo destrozó la vida, su existencia y su infortunio.

“Cuando se nace pobre y desheredado, transitar por la vida de manera miserable es siempre lo más habitual. En algunas ocasiones, solo huyendo del lugar del infortunio se consigue la vaga esperanza de encontrar un cambio o, al menos, un alivio a la desgracia. Tras cruzar el horizonte, muchas veces te aborda el pensamiento del suicidio mientras tratas de alcanzar esa línea inalcanzable.”

EL DIA QUE NACÍ YO

Abril de 1957 en un importante pueblo portuario en la provincia Almeriense. Aquel día fue de jolgorio y alegría, sobre todo para Juan Pedro Félix Justino y sus hijas adolescentes, por eso del instinto maternal que siempre llevan latente las niñas. Quizá por eso que desde pequeñas les regalan muñecos para sus juegos, igual si no tendrían espíritu de camioneros, que algunas hay ya en el oficio. También Ruti, el perro “mixtolo” de la familia, se sentía alegre contagiado por el revuelo general, no así su dueña, que estaba algo más incómoda y molesta. Ruti recibió a Juan P, etc. con alegría y generosos meneos de rabo.

El motivo de la alegría no era otro que el nacimiento de un nuevo vástago de los dueños de Ruti, sobre todo porque después de seis alumbramientos de hembras, el producto de este nuevo parto era anatómicamente diferente (tenía una cosa colgando, que luego se iría alargando y al final arrugando por la implacable acción de eso de lo que tanto se habla ahora y que llaman los radicales libres).

Juan Pedro Félix Justino paraba cada tarde al salir del trabajo a mirar un escaparate de un concesionario de “Iso Autoveicoli Spa” y se fijaba en un producto del interior de la tienda de la firma genovesa, genovesa sin más matices, a pesar de estar esta ciudad en el mar de Liguria, en el Mediterráneo. Nada tuvo que ver el empresario italiano con las guerras entre Roma y Cartago, dos milenios antes, y era Don Renzo Rivolta, el creador de la fábrica,

un empresario muy honesto, al contrario de otros empresarios y políticos de este siglo, a los que sí se relaciona con esas guerras o al menos con su denominación. A Juan P, etc. le gustaba aquella moto y pensaba cuando sería el día que hiciese la inversión de comprar una como la del escaparate.

Consideró idóneo el día del nacimiento de aquel vástago, así que en pocos días se hizo propietario y usuario de una preciosa moto “Iso-125” matriculada con la placa identificativa AL-5074, con rueda de repuesto incluida. Quedaba celebrarlo y mojar la adquisición, como es de menester hacerlo. A Juan Pedro Félix Justino le gustaba celebrar compartiendo mesa y tertulia con gente, no le gustaba beber solo. Recuerdo unos años más tarde a Juan P, etc. bebiendo vino con su compañero de trabajo “Cassini”. Hablaban de su jefe, al que llamaban “La Raposa”, y decía “Cassini”: “si yo tuviera la certeza de que pegándome una panzá de vino me moría, pero inmediatamente después se moría “la zorra”, te juro, Juan, que ahora mismo lo haría”.



Moto ISO sin rueda de repuesto

El dueño de la “Iso” decidió ir a celebrar y mojar aquella maravilla de dos ruedas más otra de repuesto, que también llevaba incluida, a un pueblo cercano donde había bodegas que albergaban buen vino de la “Contraviesa” en sus botas, pero al dueño de la “Iso” no le gustaba beber solo. Salió hasta la carretera que une el pueblo costero con el serrano del buen vino. Esta era una carretera estrecha y serpenteante, pero bonita, flanqueada por hayas plataneras.

En el cruce de La Alquería, encontró a un hombre que no conocía de nada, pero él era un hombre dicharachero y ese día estaba rumboso. El individuo era de etnia gitana y aceptó de buen grado unos tragos de “morapio” gratis y un paseo en moto en vez de en asno. Cuando Juan Pedro Félix Justino llegó al pueblo donde se vendía el buen vino, se percató de que solo portaba la “Iso” un ocupante. Solo él iba en la “Iso”, eso a Juan P, etc. le contrarió bastante, no sabía si el gitano se cayó o se tiró de la moto porque le entró miedo, pero es que, además, tuvo que celebrarlo bebiendo solo, cosa que no era de su gusto pero que tuvo que hacer, ya que había hecho aquel viaje gastando gasolina y ruedas.

“Todos tenemos un día de nacimiento. Es útil para celebrar los cumpleaños de los años venideros. Además, es considerado importante, ya que figura en el D.N.I. y marca la mayoría de edad. El DÍA QUE NACÍ YO tuvo algo especial para mis padres y hermanos, tanto que ellos se referían a él en muchas ocasiones. Quien nace primogénito no goza de la aportación narrativa que te ofrecen quienes recuerdan tan importante acontecimiento. Ser el penúltimo de una lista de hermanos me ha permitido saber cómo fue aquel día en diferentes versiones, todas similares. Una visión por parte de cada hermana y otra por la de mi único hermano.”

EL LIBERTARIO, TAMBIÉN LLAMADO “JUAN ENCUEROS”

Por la calle Regocijos de Almería, un día cualquiera de 1962, subía “Juan encueros” y puso la vista en otro colega de infortunio, marginación y desarraigo aparente, a quien habían preguntado la hora. Era “Diego qué hora es”, que rompía la barrera del sonido con insultos, “cagamientos” y todas las lindezas que le venían a la mano o más bien a la boca. Superaba, incluso en decibelios, al más brillante vendedor ambulante de “*pescao*”. “Juan encueros” era más de cagarse en Franco, en La Virgen y en los Santos, a veces de uno en uno, otras veces abreviaba cagándose en el primero de noviembre, haciendo caer a plomo a todos ellos a la vez, en las “oncemil” Vírgenes y en la del Palmar de Troya, que aún no estaba en el cómputo de las “oncemil”, pero él ya la intuía.

No era “Juan encueros” un pordiosero *standard*, sino lo que hoy se conocería como fuera del sistema. Fumaba cuando tenía tabaco, bebía cuando tenía vino y nunca mendigaba ni una cosa ni la otra, ni dinero para comprar vino o tabaco.

Arrancaba cada mañana de la plaza del quemadero hasta la de la leche, donde estaba situada la oficina principal de correos y telégrafos, de la que dicen que fue director de estafeta en tiempos de la república, y otra vez a la plaza del quemadero terminando en el bar “El Observatorio”, haciendo escala en las bodegas de

“La Reguladora” y la de “La Hermandad Ferroviaria” de la calle Antonio Vico.

Lucía “Juan encueros” pelo blanco, ni corto ni largo, siempre correcto, quizá la barba no la llevaba al día de “rasura”, pero era formal en la apariencia y el trato con el resto de vecinos con los que tenía costumbre de cruzarse.

Al contrario que “El Tübarro”, “Luis el de los perros” o “el tío del vinagre”, no procedía del mundo del lumpen ni de los bajos fondos. “Juan encueros”, otrora, fue un caballero con cierto bagaje cultural, al que señalaron como inconforme con el régimen sacrosanto a la fuerza establecido y en el cual, dicen algunos, que se vivía muy tranquilo.



“Durante los años 60, el aspecto de los personajes callejeros difería poco con el de los obreros de la misma época. Tenían algo en común, eran pobres. Se atravesaba la posguerra tardía y en mi ciudad este periodo fue muy largo, Llegó más allá de los 70. Sus efectos oscurecían la vida de los que estuvieron en ella, viviendo algunos el ostracismo, otros simplemente en la miseria y otros las represalias por su posicionamiento anterior al 36. En el caso de “Juan Encueros”, que era también su mote, fue la represalia lo que le llevo al ostracismo y a una aparente miseria.”

LA ZORRA VEGETARIANA

El vegetarianismo es una opción nutricional que llegó a España en 1907 y digo a España, porque a Almería llegó unos años más tarde, como siempre, concretamente en 1963 y hubo constancia de ello gracias al testimonio de dos pastores (Ceferino y el “Bastián”), que guardaban un rebaño en la sierra de Filabres por aquellos años. Al extranjero llegó antes y ya hay muchos y conocidos vegetarianos, algunos muy ilustres, como William Jefferson Clinton, mandamás del mundo entero, Brad Pitt (y es normal que lo sea pues se apunta a cualquier moda), la actriz Pamela Anderson, que no luce tan llamativa y rotunda anatomía gracias a las chuletas de Segovia, sino a sana dieta verdulera y hasta Michelle Pfeiffer, que está menos “mollar”, también sigue esa moda.

Pero lo sorprendente de esto es que quien fue pionera de esta dieta en Almería. Se trató de una zorra, aunque no de forma voluntaria. Es este animal uno a los que más se odia y arrastra una vida dura no exenta de calumnias y vilipendio. De hecho, zorro se le llama al individuo borde, pillo y mal intencionado. Y a una mala mujer, en vez de llamarle bruja, como zorra de dos patas se le define a menudo. Pero no fue este el motivo por el que se decidió la zorra por la dieta vegana, algo tuvieron que ver Ceferino y “el Bastián”.

Eran estos dos muchachos aún “zagalones” desertores de la escuela y pastoreaban en una sierra donde abundaban tejones, comadreja, garduñas y demás mustélidos y muchas raposas, siendo

estas últimas las que más proliferaban o las que más se dejaban ver.

Ceferino y “el Bastián” tenían a su cargo un rebaño de más de 90 cabezas, (algunas con cuernos otras sin ellos) y entre ellas muchas cercanas al alumbramiento. Los acompañaban y ayudaban un par de perros entrenados en el oficio del pastoreo, “el Roque” y “la Morilla”. Eran dos perros de extraño cruce entre lobero irlandés y perra de aguas o viceversa. Había una salvaje costumbre de cortarles rabo y orejas a estos perros de cachorros y dárselos después a comer, pues existía la creencia que aquello le proporcionaba bravura y coraje para enfrentarse y doblegar la más pertinaz tozudez del carnero más cornudo o hacer huir a cualquier alimaña, incluyendo a los raposos.

Un día, una oveja mocha se separó del rebaño a alumbrar su cordero. La zorra la olió y estaba muy cerca. En un descuido de la oveja, se acercó la zorra con sigilo, sin que la oyera la madre, y agarró al cordero que acababa de nacer antes de que este se pusiese a cuatro patas. Nada pudo hacer la contrariada madre, sino balar en un tono que perro y pastores comprendieron. Estos corrieron hasta el lugar del parto y vieron a la zorra alejarse. Ceferino y “el Bastián” no alcanzarían a la raposa por mucho que corrieran, pero sí el “Roque” y la “Morilla”.

En mitad de un cortafuegos muy pendiente, los perros engancharon a la zorra y al poco tiempo llegaron los pastores. El cordero ya estaba muerto, pero para que se lo comiese la zorra, mejor ellos.

Sujetaron al vencido animal echándole la onda pedrera al cuello y después la albarca de esparto con el pie dentro y mientras la sujetaban, pensaban los pastores cómo putearla como venganza y la zorra se veía ya convertida en un gorro como el de Daniel Boone³.

3. Daniel Boone (Daniel Bum) era personaje de una serie televisiva que tenía mucha pericia, con una escopeta de cañón muy largo y fino que cargaba por la “bocacha”. Usaba este personaje que interpretaba el actor Fess Parker un gorro, que disponía de un rabo grueso como un “jopo” de zorro en la parte posterior, posiblemente hecho con una piel de mapache. Pero aquí no hay de

Sin embargo, a los pastores se les ocurrió otra venganza más sutil y diabólica.

Ceferino la sujetaba y “el Bastían” cogió el cencerro de una oveja guía. Le colocaron este a la raposa *pa'* buscarle la ruina.

Es la zorra un animal que caza a sus presas al acecho, conejos y crías de otros animales vivos o muertos, y los conejos son unos roedores que no disponen de sus grandes orejas por capricho, y a la zorra en esas condiciones no le quedó otra que hacerse vegetariana. Eso sí, tuvo el honor de ser la pionera de esta moda en los montes de Almería y después la moda se extendió también a la ciudad y empezaron a abrir franquicias de Herbalife, Santiveri, herbolarios y para farmacias.



esos bichos, así que de zorro también sirve.

“Raposos, ratas y culebras son las especies animales más odiadas por los que nunca vieron un programa de Félix Rodríguez de la Fuente o de algún otro defensor de la fauna autóctona. Siempre que algún desconocedor del beneficioso aporte de todos los seres vivos al equilibrio medioambiental consigue poner a su merced algunos de estos bichos, no pierde la oportunidad de hacerle la puñeta, haga un daño comprobable o no lo haya hecho. Siempre este individuo le aplica el acto salvaje que su ocurrencia le ofrece. En el caso de la zorra, este acto se le aplicó con sutileza y bastante mala leche.”

EL VENDEDOR DE VINAGRE

Almería, septiembre de 1964. Aún hace calor, pero él va con su perenne traje de invierno que no estrenó y su corbata muy justa y correcta apretándole la nuez. Es el tío del vinagre, agente comercial, viajante a pie. Con mucha educación va de casa en casa tocando las puertas, casi todas abiertas, y saludando y deseando parabienes a quien sale a recibirle, incluso a un niño de menos de diez años a quien también habla de usted. Ofrece el producto que vende, obviamente, el vinagre. Casi nadie le compra, pero algunos inquilinos le invitan a pasar y le ofrecen un vaso del producto primario que él vende, se sientan y lo escuchan. Cuando “Paco”, que así se llama, toma confianza, da rienda suelta a su locuacidad y de esa manera el anfitrión se percata de que hay disidencia en el Régimen, aunque esta no se muestre en público, solo en la intimidad.

Yo, a aquella edad, pensaba que vivía en el mejor país del mundo y su jefe era un santo. Iba a la iglesia donde el cura, casi al final de la misa, siempre pedía a Dios que se acordara de todo Dios, valga la redundancia, de nuestro jefe del estado, Francisco y nuestro obispo, Ángel (que entonces era Suquía Goicoechea, que llegó a cardenal y mano derecha del “no muy de derechas” Monseñor Don Vicente Enrique y Tarancón).

Gracias, o por culpa del tío del vinagre, me enteré de que no era para tanto.

Nuestro Caudillo no era un santo ni nuestro ejército tan invencible.

Contaba “Paco” (el tío del vinagre), que en una ocasión su excelencia se vino arriba y escribió una carta a la Reina de Inglaterra. Debo antes aclarar que se dijo que Inglaterra fue la pionera en eso del matrimonio homosexual y no Zapatero, de hecho, hasta secuestraron el semanario “Triunfo”, por dar la noticia de que un famoso artista español muy bien visto por el régimen y a quien Carmen “La Collares” le tenía entre sus cantantes favoritos, se casó en Londres con alguien de su mismo sexo.



La carta iba en verso y por las bravas y decía así, según “Paco”:

TÚ QUE PUSISTE MINIFALDAS,
Y CASASTE MARICONES
ME VAS A DAR EL PEÑÓN,
ME SALE DE LOS COJONES.

La reina le contestó, bravamente lo siguiente:

TÚ QUE NACISTE EN GALICIA,
Y TE CRIASTE EN LOGROÑO,
NO TE DEVUELVO EL PEÑÓN,
PUES NO ME SALE DEL COÑO.

Restaba veracidad a la historia el rumor que había de que Franco solo tenía un testículo y podría haber hecho rima con cojón y peñón, pero hubiera hecho evidente lo que solo era un rumor (o no). Yo sí que me creí aquello y empezó a quebrarse mi convicción de que Franco no era el santo benefactor campeón de todo. Además, después me enteré de que los británicos, durante la guerra civil, se apropiaron de un terreno de la Línea de la Concepción para hacer un aeropuerto aprovechando el interregno que provocó la contienda. Franco se tragó esa y la “Marcha Verde” al final de su vida. Así que, gracias al tío del vinagre, empecé a ser de izquierdas. Lo del ateísmo también fue gracias a él, por lo menos el desapego a la solemnidad religiosa gracias al “Padre-nuestro clandestino”, que también me enseñó Paco, que era así:

PADRE FRANCO, QUE ESTÁS EN EL PAZO (EL DE MEIRÁS)
CAZANDO Y PESCANDO,
TRÁENOS ESE PLAN BLANCO QUE NOS ESTÁN ROBANDO,
LÍBRANOS DE AULLASTRES⁴, QUE ES EL REY DE LOS PILLASTRES
Y LÍBRANOS DE LA TENTACIÓN DE ANDAR BUSCANDO
ALGÚN ENCHUFE EN EL MINISTERIO PARA IR TIRANDO.

Este Franco era capaz de pescar salmones donde solo había carpas y hasta tiburones en la bañera.

4. Alberto Aullastres, ministro de comercio con Franco.



“Veinticinco años después de acabada la contienda, la ausencia total de tejido industrial en la provincia de Almería provocaba la presencia de falsos autónomos en sus calles: lateros, afiladores, vendedores de cacahuets, arro-pieros y él, el vendedor de vinagre. Recogía este el vino agriado de bodegas y tabernas, recorriendo las calles y tocando las puertas de las casas ofreciendo su aderezo. La singularidad de este personaje era su atuendo formal y sus modales atentos y cordiales.”

LA MOBYLETTE Y LA SANGLAS - ROVENNA

(El accidente entre quienes las montaban)



Madrugaba Juan De La Cruz Expósito en las mañanas de 1965. Después de aquel año, no lo volví a ver, el destierro o la cárcel, seguramente, fueron los responsables de que no tuviera que evitar encuentros con aquella mosca cojonera. Juan era buen mozo, quizá su cabeza notablemente pequeña desentonaba con una corpulencia también desproporcionada para su edad, o quizá no era tan niño a pesar del aspecto de

su cara, que afeaba una lesión cutánea prominente y con un pelo. Era una verruga “pelúa” del tamaño de un abejorro de invernadero y parecido aspecto. Vivía el “verruga fea”, que así era conocido, en una infravivienda que compartía con un matrimonio de ancianos, quizá tíos abuelos, abuelos o parientes lejanos, en el barrio “pre-chanquero” de “El Cerrillo del Hambre”. El hobby del “verruga fea” era molestar a los chiquillos, pero los de este barrio eran guerreros y “contestones”. Entonces tomaba la calle de Hospicio Viejo y se dejaba caer hasta el paseo de San Luis, donde se enganchaba a un coche de caballos que eran los “taxis” en aquella época y se acercaba a las calles más del centro, colocándose en una tabla horizontal que llevaban estos carruajes para contener el equipaje en la parte trasera. A veces, el cochero se daba cuenta del sobrepeso del vehículo y echaba el látigo atrás, marcándole el pellejo a este polizón urbano. Juan no sabía leer, pero le era familiar la placa donde se leía el nombre de esa calle, “El Hospicio viejo”, porque algunos años antes lo despidieron de la inclusa con una “patá”⁵ en el culo⁶ y unos cuantos “morrillazos” que le administrara con saña algún empleado “armario” de aquella institución, dedicada a acoger a los “Expósitos”.

Juan interceptaba a cualquier niño cuando se disponía a entrar en la escuela, le quitaba el bocadillo o alguna golosina que el pequeño guardase en la cartera escolar y, a veces, también pinchaba balones a los que jugaban con en las poco transitadas calles de aquella Almería paupérrima. “Juanico”, el “verruga fea”, era un hijoputa y no es doble sentido por su condición de hospiciano o “ex hospiciano”. Se dedicaba a jorobar a los débiles o a joder la marrana, como también se dice, también abusaba de los ancianos. Incluso a los que convivían con él también los “puteaba”. Cuando pasaba por la cuesta Colomer, se acercaba a una moto y colocaba

5. Patá = puntapié

6. Todo el mundo sabe que es un culo.

un papelillo en la pipa de la bujía para que de esa manera esta no hiciese contacto y la moto no arrancara. La moto pertenecía a un anciano que embarcaba todas las tardes en un pesquero. El hombre intentaba arrancar la moto y cuando comprobaba que esta no lo hacía, la dejaba aparcada en la puerta de su casa. Luego de irse el hombre, llegaba Juan, le quitaba el papelillo, la arrancaba y se daba largos paseos con ella para después dejarla en el mismo sitio.

Una de las veces, antes de llegar a donde la moto, observó a través de una ventana de una casa, que había una mesa muy cerca y, en la mesa, un cenicero y junto a este, un paquete de tabaco “Winston” presuntamente de contrabando, ya que era muy habitual esa actividad en aquel barrio cercano al puerto. El “verruga fea” se apresuró a buscar una piedra de las que abundaban en las calles aún sin asfaltar del barrio, rompió el cristal y cogió el tabaco. Pero lo vio el “Cañonero”, que pasaba por allí en aquel momento. Pasaba o “apatrullaba”, es igual, su mal carácter siempre estaba de servicio nada más vestirse el traje de agente urbano y el “verruga fea” se percató de haber sido sorprendido por este.

Era el “Cañonero” un policía municipal avezado en cuestiones de ratería menor, con una mala leche que se intuía con solo mirar su cara. Parecía esta un campo de labor de los de antes de que llegaran los invernaderos al barrio del que le venía el apodo, a modo de vulgar gentilicio. Poseía, como bien recuerda mi amigo Céspedes Gómez, una extraordinaria caja de dientes, que, aunque nunca conoció dentífrico ni cepillo que lo untase, estaba compuesta de unas piezas fuertes como las rocas de la escollera del cercano puerto pesquero. También tenía unas manos que parecían los pies de otro. El “verruga fea” intentó escapar y se fue a por la “motillo” del pescador. La “motillo” aún tenía el papel puesto, porque él mismo, cuando terminaba de darse los largos paseos, lo colocaba en la pipa de la bujía para que el dueño de la moto no se le adelantara al disfrute de esta.

El “verruga fea” sabía que la moto tenía gasolina porque la primera reacción del dueño cuando fallaba el arranque, era llenarle el tanque. El pescador no iba a la gasolinera, se traía una garrafa de gasolina de la que usaban en el barco para poner en marcha un pequeño generador de corriente eléctrica, que usaban para iluminar la embarcación. La “motillo” no arrancó y se quedó quieta, y al “Cañonero”, aunque disponía de una “Sanglas – Rovenna”, no le fue preciso cogerla para alcanzar a Juan. Dos meses después, volví a ver al ex-inclusero, pero esta vez lo que le afeaba el rostro no era solo su verruga.



“En los años 40, 50 y 60, los hospicios se llenaron de víctimas del desamparo y del desarraigo familiar. La orfandad era alta por las secuelas de la guerra. Las enfermedades que medraban en ambientes de miseria se cebaban entre los que padecían esta. Por otra parte, también existían multitud de infantes herederos de la desgracia de sus progenitores, eran carne de incluso. Al cumplir los jóvenes la mayoría de edad, eran desalojados y desprovistos de la guía educacional, que no era otra que el maltrato y reproches por haber nacido. Estos mozos, una vez fuera, deambulaban por las calles destilando mala leche y “gamberrismo” a modo de resarcimiento y desquite por lo sufrido en el orfanato. Pinchaban los balones de los niños, les propinaban collejas o “morrillazos” y les sustraían bocadillos, juguetes o cualquier cosa que portaban. Estos jóvenes rufianes se ganaron el apelativo de hijos de puta, no por ser, en muchos casos, hijos abandonados de mujeres de la vida, sino por que a quienes son gente perversa y de malas acciones también se les llama así. Estos incluseros, a veces, también se dedicaban al latrocinio menor, cuyas consecuencias eran bien visibles cuando eran sorprendidos.”

DEMOCRACIA ORGÁNICA

(DENTRO DE UN ORDEN)



Cuentan con mala intención y falacia, que dirían Barberá y Esperanza Aguirre, que durante la dictadura de Franco no hubo elecciones y sí que las hubo, de esas de puchero, que gustan mucho a algunos y algunas.

En 1966, hubo un referéndum sobre una cuestión tan ambigua que nadie la entendió, pero que, sin embargo, tuvo una alta participación. La cuestión parecía una consulta sobre si la vaselina que usaba el régimen en la sempiterna sodomía a la que sometía al personal era suficiente, o algo más o menos así.

En 1970 hubo otras para elegir algo que definían con el eufemismo de "Elecciones para la designación de Procuradores a Cortes, el resultado fue anunciado por "YA", diario "PUEBLO",

“El ALCÁZAR” y el “ABC”, que es de esta época, pero aún se parece a aquella.

Recuerdo el nombre de los candidatos y el genial ejercicio literario que el pueblo de aquella época hizo en forma de graciosas rimas más o menos asonantes. Decían estas:

“Si quieres que sea bien cuco, vota a Pérez Manzucó. Si quieres procurador fino, vota Vizcaíno. Si quieres votar al mejor, vota a Miras Monllor. Si quieres que... (creo que la rima es clara, así que la obvio) el candidato se apellidaba Gómez Angulo”.

Hubo otro candidato, apellidado Taramelli, al que no pudieron encontrarle rima.

La difusión, parafernalia y demás pompa institucional, corrieron a cargo del Ministerio de turno que se llamaba de Información y Turismo, cuyo titular tras aprender, sin duda, mucho de cómo elaborar unas consultas siempre favorables y unos años en Londres (supongo que haciendo “Masters”), fundó, junto con otros amigos y colegas, un partido democrático... o a ver quién se atreve a decir que no lo es y aún menos ahora que mandan.



Paco Taramelli, imagen cortesía de Marina Taramelli

“Quizá para calmar a algunos colaboradores del régimen con aspiraciones políticas que culminaron con la creación de un partido, se incluyó el término “democracia” en el vocabulario de cargos públicos, no sin añadirle la coletilla de “orgánica”, para que todo quedara dentro de un orden. Se convocaron elecciones un par de veces. Años después, algunos de los candidatos que fueron procuradores en Cortes, se presentaron a diputados y senadores de partidos que fundaron los que disientían un “pelín” del régimen con el que colaboraron, tal vez porque sabían que aquello no duraría toda la vida y no querían caer en el ostracismo fuera de la actividad política, que para algunos era de auténtica vocación.”

FRANCO

**triunfó en el pasado,
asegura el presente,
promete el futuro**

¡Vota SI A FRANCO
**en el REFERENDUM
NACIONAL 1966!**

Imp. F. N. M. T. - Jorge Juan, 106. - Madrid 1966 - Depósito legal: M. 17.760

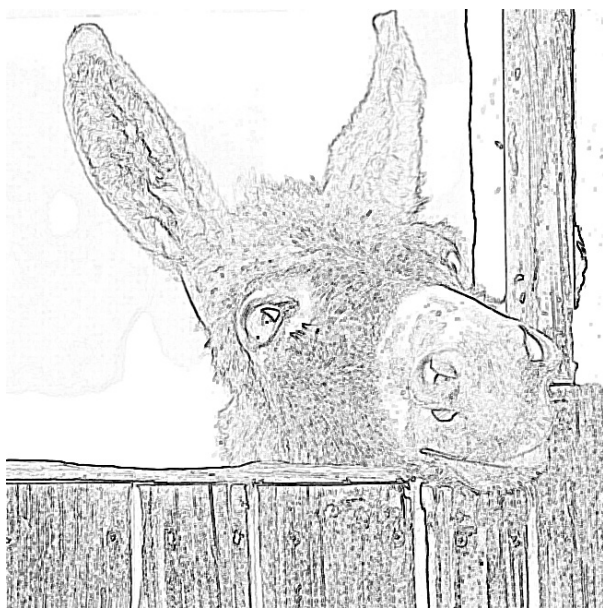
Propaganda del referendum

DISYUNTIVA PARA UN ASNO (O BURRO)

Verano de 1967 en un pueblo de Almería, un pueblo blanco “colgao” de un barranco. Cuando escuché esa canción, pensé que Serrat se refería a él, aunque luego me enteré de que no era así, sino que se refería a un pueblo de la ribera navarra.

Era el pueblo de casas blancas y azoteas de pizarra en polvo, que llaman launas por esos sitios. Las casas blancas eran como las unifamiliares de ahora, adosadas con una puerta de acceso a la vivienda y la otra la cochera, pero entonces no había coches y las cocheras no eran tales, sino cuadras, donde albergaban mulos y asnos para el transporte y el trabajo. No había tractores, tampoco cabían por las angostas veredas de acceso a los campos y a las eras.

Las puertas de las cuadras no eran de una sola hoja, sino que estaban divididas por la mitad, y los habitantes de las cuadras estaban casi siempre asomando pescuezo y cabeza por la parte superior de dichas puertas. Eran animales curiosos o simplemente les cansaba la oscuridad de la cuadra.



El pueblo tenía iglesia con torre y campanario, con campana de siniestro tañer cuando anunciaba misa de difunto. A veces, también sonaba a deshora, porque un muchacho (Luis, el de la Otilia) que estudiaba el “PREU” en Almería, las hacía sonar disparándoles perdigones con una carabina de aire comprimido, cosa que sacaba de quicio al párroco. Era este cura rural y nativo del pueblo, un individuo seboso y “panzón” que vestía sotana talla XXL, más por obeso que por grande y, como soy sincero, debo confesar que, en consonancia con su cuerpo, me caía gordo. Tenía también el pueblo un alcalde que también era el maestro y practicante y un municipal: el Sr. Viñas, no sé si era su apellido o el apodo, pues Viñas es apellido y aquel tipo de piel roja gustaba de beber largos tragos del fruto de la vid ya fermentado.

Había en una de aquellas cuadras un asno que no estaba “*capao*” y lucía unas bolsas testiculares que nada tenían que envidiar a las del caballo del General Espartero, grandes y “colganderas”

de color negro, negro como el grillo negro y el negro carbón, que cantara “Emilio el moro”.

Aquellos atributos del animal eran motivo de entretenimiento de mi amigo Paco y yo, en forma de “gamberreo”. Tenían las cuadras un ventanuco en la pared opuesta a la de la puerta dividida en dos por donde el burro se asomaba y, cuando este no lo hacía y quedaban sus cojones cerca del ventanuco, nosotros se los chinchábamos con una caña y el burro, de un respingo, ponía sus atributos fuera del alcance de la longitud de la caña y volvía a sacar la cabeza por la apertura superior de la puerta. A veces estaba cerrada y el burro la golpeaba y salía el dueño del burro y de la casa a ver quién había “*llamao*” a la puerta accionando el picaporte. Era como tocar el timbre y salir corriendo, que es gamberrada común en los niños en la ciudad.

Una tarde, el dueño del burro y de la casa esperaba visita importante de unos parientes que emigraron y se habían hecho de posibles. Salió a la puerta y comprobó que el burro asomaba la cabeza. Él consideró que aquella imagen del asno era poco elegante e hizo recular al burro, que nada más hacerlo se encontró con la caña en su parte más sensible y volvió a sacar la cabeza. El dueño le empujó otra vez y el animal volvió a encontrarse con lo mismo y se fue hacia adelante volviendo a sacar la cabeza.

El hombre, “*cabreao*”, entró en la casa y volvió con una vara de sarmiento e hizo retroceder al cuadrúpedo golpeándole con saña en el pescuezo y otra vez el burro se encontró con la caña en donde antes y echó para adelante y otra vez se encontró con la vara de sarmiento y otra vez hacía atrás y otra vez la caña en los cojones y así hasta que el dueño, sudoroso y “*cansao*”, y con la vara de sarmiento maltrecha, desistió y optó por dejar al asno curioseando.

Llegó la visita y encontraron la escena de la casa blanqueada y el burro “*asomao*”, típica e incluso simpática, y hasta acariciaron al burro, preguntándole al hombre antes si mordía y celebraron aquello. Ellos no tenían costumbre de ver a aquellos animales tan

nuestros y sí, en cambio, a otros más selváticos y montaraces, ya que la urbe donde residían contaba con un magnífico zoológico.

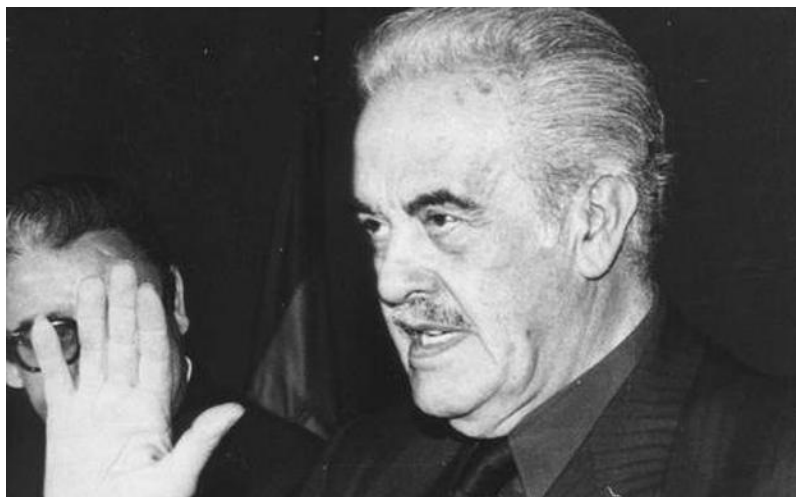
“Siempre es difícil escoger entre que te partan la cara con un sarmiento o recibir punzantes golpes de caña en tu parte más sensible, por ello nosotros también, igual que el burro, nos vemos, en ocasiones, inmersos en semejante y dolorosa disyuntiva.”

TREINTA Y DOS AÑOS DESPUÉS DEL GLORIOSO DÍA AQUEL

Almería, 18 de Julio de 1968. Era día grande en España y había alegría y paga extra: la famosa “paguilla de regalo” que tenía el nombre de ese día y que puso un ministro que tuvo Franco, facha pata negra, pero sin duda rumboso, Don José Antonio Girón De Velasco, “El León de Fuengirola”, aunque era de Palencia (se fundía la “paguilla” casi entera aquel glorioso día de aniversario, de la no menos gloriosa cruzada por Dios y por España).

A última hora de la tarde, regresaban las caravanas de “Seat Seiscientos” de las playas de la capital, con no menos de siete ocupantes por vehículo, más el niño mayor que iba detrás en bicicleta y, a veces, en la baca, también iba el “zagalón semi rejú” de la familia instalado dentro de la cámara de camión inflada que amarraban al techo del coche, sujetando entre las piernas la sandía, la más gorda que encontraban en la plaza de abastos de la ciudad, que luego semi enterraban en la arena, cerca de la orilla, para que tomase temperatura fresca. No la enterraban entera para poder encontrarla después del pisoteo y la juguesca de los críos. La parte de la sandía que quedaba expuesta al sol se la solían dar a la abuela, que era la que menos protestaba por esas cosas. Además, como había pasado la guerra, tenía buena boca, aunque peores dientes

y escasos “tiquismiquis”. La abuela gruñía por otras cosas: por las mocicas de la familia, porque sus bañadores dejaban demasiado pellejo a la vista de mirones y, créanme, gente, aunque en aquellos tiempos los perniciosos efectos de los “Rayos U.V.A.” sobre la piel eran tan desconocidos como los “topless”, que llegaron en los años ochenta, protestaba porque decía que la carne llamaba a pecado y era también la carne, pecado capital.



José Girón de Velasco

Eran los años sesenta de represión sexual agobiante. Yo llegué a creer que a las mujeres no les hacías favor alguno requiriéndolas para el sexo, sino que era el tortuoso peaje que tenían que pagar tras el casorio, algo molesto, doloroso y humillante.

Se cantaba una canción en la Revista de “La corte del Faraón”, que, además de dar consejos a nuevas esposas, también las advertía de los derechos que tenían sus maridos sobre ellas. Decía más o menos la canción: “Hay que ver, el derecho que tiene el marido sobre su mujer”. Las coristas ponían cara picarona cuando llegaba esa estrofa, pero como el escenario quedaba lejos y la censura

también estaba al quite hasta en los gestos, yo, en mi candidez, nunca pillé la ironía. Era cándido, incluso ignorante de léxico, pues escuchaba expresiones que nunca supe meter en un contexto razonable. Por ejemplo, pensaba que el “amor propio” era masturbarse, cuando obviamente es una cualidad mucho más loable.

Yo también fui un mozo reprimido sexualmente, uno de esos niños que hacían cola en los confesionarios, porque además también era temeroso de Dios. Cada vez que me la meneaba y mientras estaba en la cola, pensaba en la manera de contárselo al cura confesor, que solía ser poco tolerante con esas cosas y torcía el gesto al escucharlas.

Quizá el objetivo de aquella represión era solo llenar iglesias, pues mientras se reza no se tienen otros pensamientos más profundos, aunque no sean pecaminosos. Además, el régimen tenía un gran apoyo ideológico en la Iglesia. También los curas disfrutaban de cotilleo a la vez que controlaban.

Pero los tiempos cambian y llegan las nuevas tecnologías que hacen su servicio de control y ya no es tan pecado “la actividad de Onán”, o pasa mucho la gente de ese prejuicio. Ya no son tan útiles los confesionarios, hay otros medios.

Muchas gracias Facebook, muchas gracias Tele cinco, por habernos sacado de una etapa tan oscura.



“En 1947, el ministro Girón de Velasco concedió una paga extraordinaria todos los trabajadores españoles y la adornó con un día festivo. A esta remuneración extra se le conoció como la paga de regalo del 18 de Julio, fecha del aniversario del glorioso alzamiento nacional. Esta gratificación suponía una invitación al despioje de las familias humildes, que también se unían a festejar el día realizando gastos inusuales. Iban a pasar el día en las playas desplazándose en el legendario SEAT 600, propiedad de los parientes que emigraron a Barcelona, y volvían esos días a pasar las vacaciones. Estos pequeños utilitarios se aprovechaban al máximo, con carga y pasaje, para ir a pasar el día fuera de las calurosas cuatro paredes en donde pasaban el resto del año.”

LA FIERA CORRUPA

En una tarde de sábado del mes de Julio de 1969, después del día 18, subía el “Jualmi” calle arriba por un barrio que no era el suyo. Iba a casa de su abuela, que ya había cobrado “la vejez”, más “la paguilla de regalo”. Sabía la abuela a qué iba el “Jualmi” a verla, pero le agradaba la visita. Él siempre visitaba a su abuela en fechas posteriores al día de cobro de la pensión. Era el “Jualmi” un muchacho avanzado en todo, también en su desarrollo físico. En el instituto iba bien, siempre aprobaba por la mínima, pero siempre sacaba el curso.

“Jualmi”, además de espabilado y audaz, fue el primero de la pandilla en conocer a las muchachas. Por dentro no, no era radiólogo, ni cirujano, las conocía sobre todo a través del sentido del tacto y sin más profundidad que a través del vestido. También le había costado sus buenas hostias aquel conocimiento, pero, según él, le compensaba, ya que algunas mozas no le soltaban las hostias con demasiada fuerza ni empeño.

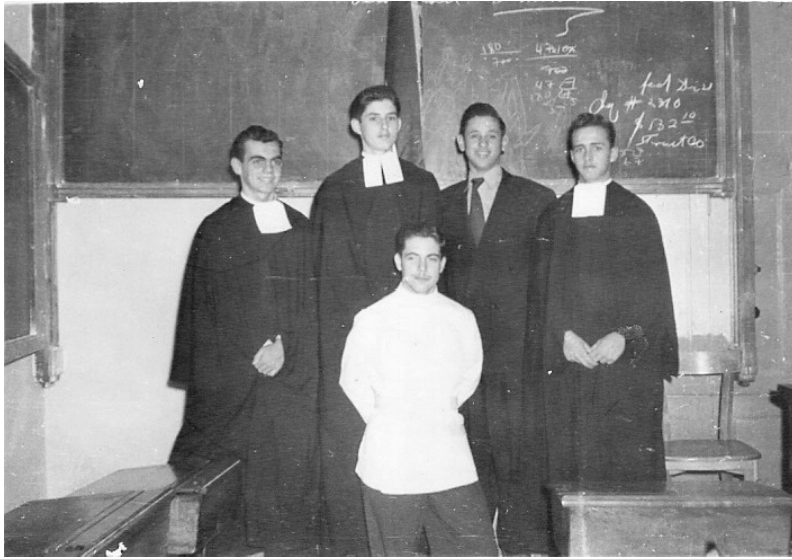


Imagen extraída del Blog “Documentación Lasaina”

La abuela siempre le daba algunos duros a ese muchacho de 14 años, que ya parecía un hombre. El “Jualmi” se afeitaba sin ser necesario y usaba unas gafas de sol de esas de cristal verde que se llevaban entonces y que molestaban tanto al profesorado del instituto.

Cuando la abuela le daba el dinero, este siempre regateaba; decía que con eso no le alcanzaba ni para el tabaco y la abuela le replicaba diciéndole que fumara de ese que fumaba el abuelo, uno bien barato y que se veía dibujado en el paquete un tío con una escopetilla “*p’arriba*”. El “Jualmi” le contestaba que ese era un tabaco de viejos y muy flojo, que a él le gustaba fumar “Fetén”, que tenía boquilla. Las conversaciones de nieto y abuela se escuchaban en la calle tranquila del distrito nº 5 de Almería, entre las canciones de Emilio “El Moro”, Perlita de Huelva y Juanito Valderrama. También con las voces de: “Diego, ¿qué hora es?”, a

quien le habían preguntado la hora y este contestaba, no con la respuesta, sino gruesas, soeces y “amables” dedicatorias a la familia de quien le había preguntado, en un tono alto y vocinglero y en perfecto castellano, para que quedaran fonéticamente claras al autor de la pregunta y a todo el vecindario.

Al final, el “Jualmi” marchábase calle abajo muy ufano, con casi veinte duros de la época y pensando cómo gastar aquella dádiva pecuniaria de la abuela, no sin antes recibir de esta una batería de sonoros besos encadenados. Iría al día siguiente, domingo, al cine de “La Salle”, que costaba dos duros, diez pesetas que, además, no pensaba pagar. Por tanto, eso no sería una merma para su caudal monetario y podría gastarlos en otra cosa.

El cine estaba en un colegio de curas y estando los zagalones esperando a que abrieran, salía un fraile con una lata rectangular que fue envase de galletas y se acercaba a los mozos. Estos se arremolinaban alrededor del lego, echaban los dos duros en la lata y el fraile les daba una papeleta a modo de entrada. Era una simple cuartilla con el sello del colegio. El “Jualmi” nunca echaba el dinero, extendía la mano al lego para reclamarle la entrada diciendo que ya había soltado los dos duros en la lata.

El fraile tenía la costumbre de mirar a los ojos a los mozos, (a los ojos, no al culo ni al paquete) y no miraba a la lata. Solo el “Jualmi” tenía el temple de engañar así al clérigo, cualquier otro joven hubiera exhibido algún gesto de nerviosismo o sonrojo y el fraile se hubiese “*coscao*”, pero no el “Jualmi”, que era un muchacho muy hecho.

Dejamos de ver al “Jualmi” acabado el verano y se le echaba de menos. Era la época de los primeros catarros y pensábamos que andaría con gripe, pero no era aquello sino algo mucho más grave. La estanquera de la expendeduría número 24 de Almería nos dijo que hacía tiempo no pasaba a comprarle el paquete de “Fetén”. Es posible que ya no fumara de eso.

Y ya nunca más se le volvió a ver subir calle arriba a visitar a la abuela para esquilmarle el “peculio”. El “Jualmi” ya no podía

andar, porque una mañana del mes de octubre, cuando se iniciaban los cursos en el instituto, apareció el cadáver de un joven bajo el cargadero de mineral de la playa del “Club Náutico”. Era el cuerpo sin vida del “Jualmi”.



Dibujo extraído del artículo “La Fiera Corrupia” del blog de Manuel Blaseis

“La fiera corrupia es un ser de la mitología navarra (Pitza Alzorrupiaia) que destruye o quita la vida a todo lo que a su paso encuentra, como guerras, desastres naturales y también la droga. Pio Baroja hizo alusión a ella en su libro Vitrina Pintoresca, el caso de Jualmi no fue nada pintoresco. En los años en que transitó por su juventud, la “Pitza Alzorrupiaia2, tenía en este caso forma de papelina.”

OTOÑO DE ANGINAS Y CATARROS

Enero de 1970, época de gripes. Yo tenía 13 años y me gustaba recorrer los arrabales próximos a mi barrio, no había tráfico, solo el de las bicicletas que montaban los albañiles para ir al trabajo. Todas llevaban detrás en un pequeño porta equipajes de barras de hierro fino, un cesto de mimbre donde ponían la fiambra con las migas y el arenque que compraban en la gran tienda de Carmen Castillo. En ella se podían comprar desde algarrobas hasta un ataúd de los que se exponían en la puerta de acceso al negocio. Iban embalados en recio papel, pero los niños más mayores que yo, sabían qué eran aquellos bultos apoyados en la pared del edificio que albergaba la tienda.

Casi todos los hombres residentes de aquel barrio, que se descolgaba del cerro de Santa Ana al oeste y del cerro de San Cristóbal al sur, eran albañiles. Algunos iban en Mobylette, eran los encofradores de la colla de Arturo Almécija Guerrero, un emprendedor aventurero que llegó incluso a ejercer en Estrasburgo, al norte de Francia.

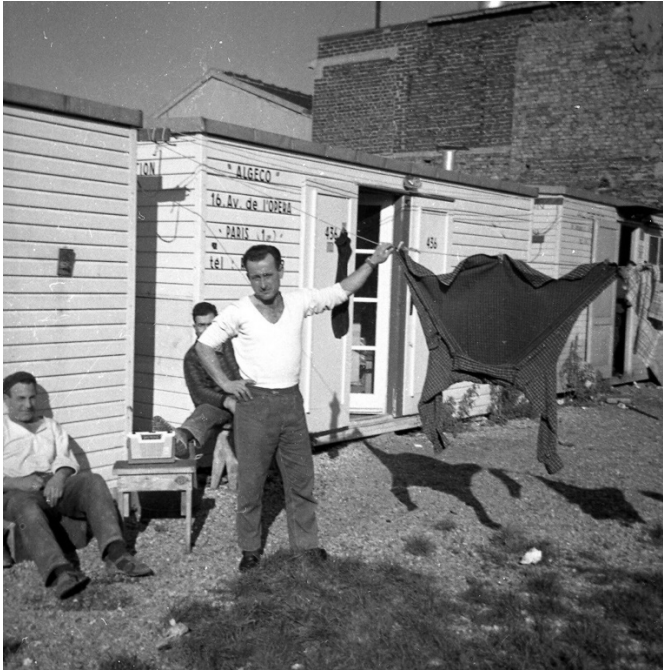


Imagen de Arturo Almecija, cedida por su hijo Antonio Almecija

Quizá, por haber conocido Estrasburgo, se había europeizado y pagaba mejor a los que para él trabajaban. Uno de ellos era Juan el “repellaor”, encofrador miope que después fue torero y ganadero y muy hábil en el manejo de la mezcla. A mí, de todos los residentes del barrio, quien mejor me caía era “Perico”, el de “Barbarica”, aunque fuese tan feo como Andrés “gasolina”, el sacristán de la parroquia de los Reverendos Padres Franciscanos. “Perico” el de “Barbarica” también tenía la gripe. Y no es que me cayera bien por eso, sino porque le encontraba cierto parecido con Don Francisco de Quevedo, del que había visto cuadros y me gustaba escucharlo describirme leyendo su estancia de la pensión del “Domine Cabra” y lo de los pesados perros mastines que, al

cabo de un tiempo, se volvían galgos corredores que volaban por los aires. Lo asocié al grabado de una moneda que siempre daban las abuelas a los nietos, creyendo poseer estos al recibirla el tesoro de Venecia: era “la perra gorda”.

A Pedro, el hijo de “Barbarica”, le gustaba leer a Quevedo y eso es algo que me contagió. Tenía gripe, como ya he contado, y debía ir a inyectarse al “Centro de administración de inyectables” de la Seguridad Social. Era el ambulatorio del “18 de Julio”, llamado así por aquél “glorioso día”.

Yendo hacia el centro médico, nos encontramos con el “Patinetas”, apodo que le pusieron porque se desplazaba sentado en un monopatín que traccionaba con una de sus manos, en la que se había puesto un guante de ferrallista. La otra mano la llevaba desnuda de hábiles dedos.

El “Patinetas” era un adolescente del “Barrio Alto” al que la polio le dejó sus largas piernas inertes. Por su postura sobre el monopatín, quedábanle perfectamente al alcance los bolsillos traseros de los pantalones vaqueros “Alton”, que en aquellos años estaban muy de moda, donde se solía llevar la cartera del dinero. Podría ser el “Patinetas”, sin duda, un personaje de alguna novela de Quevedo, pero por cronología no lo era. Había en esa época ese tipo de artilugios rodantes, que, creándose con fines lúdicos, ese niño de la calle lo había convertido en lucrativo.

Llegamos por la calle de Santos Zárate hasta el centro periférico de especialidades, curas e inyectables del Instituto Nacional de Previsión, que así se llamaba entonces, bajando por la calle Regocijos hasta la Puerta de Purchena y después por la calle de Alcalde Muñoz, donde estaba “La Casa de Socorro”, el servicio de urgencias de la época. El dispensario se hallaba cerca de la puerta de acceso al centro periférico de especialidades, curas e inyectables, una sala amplia, con una gran puerta. Frente a la entrada había unos bancos donde se sentaban los usuarios de los servicios médicos y de enfermería que se prestaban en aquel centro. También

para acompañantes, pero descubrí después que en esos bancos se sentaban curiosos y mirones. Había dos salas, una para hombres y otra para mujeres.

Perico, el de “Barbarica”, entró en la de hombres por razones obvias. Al entrar en la sala, todos los receptores de jeringa se colocaban cara a la pared y se bajaban los pantalones casi hasta los tobillos, dejando el culo al aire. Después llegaba el practicante y un enfermero portando una bandeja llena de jeringas cargadas con el fármaco. No sé cómo lo hacían, pero en pocos minutos pinchaban todos los culos que estaban expuestos, con sus propietarios vueltos hacia la pared. Tampoco sé cómo administraban sin errar a cada usuario su medicina correspondiente, quizá fuese polivalente o todos los usuarios acudiesen a “inyectables” con la misma dolencia.

Perico entró a recibir su correspondiente pinchazo en el culo e igual que todos se colocó cara a la pared y se bajó los pantalones hasta los tobillos. Entró entre nervioso y despistado, despistado lo era siempre, pero lo de que le pincharan en el culo lo ponía, además, nervioso por ambas cosas. Cuando entró en la amplia estancia, dejó la puerta abierta y desde la sala de espera contigua se podía ver una colección de culos de todos los tamaños y formatos, algo que después descubrí que era espectáculo de agrado para quienes esperaban, o no esperaban, en los bancos. Unos esperaban y otros y otras simplemente miraban por el ángulo de visión que quedaba entre la puerta y el marco de esta, cada vez que algún administrado de pinchazo entraba a recibir su jeringazo. Siempre eran visualizaciones relámpago, tan efímeras que solo duraban el corto intervalo que transcurría entre abrir y cerrar la puerta.

No fue así en el caso de Perico, que olvidó cerrarla por su despiste y sus nervios. Yo, que me quedé fuera, acudí servicial a cerrar la puerta que quedó abierta y ofrecía una amplia panorámica de “culos al aire”, cuando escuché detrás de mí a una anciana, sentada en un banco frente a la puerta de entrada de la sala de

inyectables y en lugar muy preferente, exclamar: “¡muchacho! No cierres la puerta, déjala así, abierta”. Aquel día descubrí tanto la pericia de los practicantes del “seguro” como el que el “voyerismo” no solo es una afición masculina.



Antiguo ambulatorio 18 de julio, Imagen de Jesús Serna González

“Los catarros otoñales eran casi epidemia aquellos años. La sanidad pública, podría decirse, que aun recibiendo masificaciones a la hora de prestar sus servicios, era aceptablemente eficiente y los profesionales que la aplicaban eran verdaderos artistas optimizando los escasos medios a su alcance con verdadera maestría. Como consecuencia de las largas esperas en las salas previas de los dispensarios, se llegaba a forjar amistad entre los pacientes crónicos que acudían como beneficiarios a recibir la asistencia del seguro y compartían aficiones, algunas de ellas, algo extravagantes.”

UN AMOR EN CADA PUERTO Y SUS CORRESPONDIENTES VENÉREAS



Dibujo del logotipo del acontecimiento

Arribó la armada española al insignificante puerto de Almería en los 70 y “Juan encueros” contaba una historia que, aseguraba, era cierta, de aquel evento que nadie supo explicarse, sobre una amiga suya que trabajó en un antiguo oficio no distinguido con el honor de llamarse decanato.

Desembarcaron marineros y estuvieron en la ciudad durante una semana, “La Semana Naval”. Durante esos siete días, las casas de citas, prostíbulos y lupanares, estuvieron de temporada alta e incluso muchos marinos se “emputaron” durante varios días con asistentes del servicio de compañía y auxilio de ausencias (las putas).

Fue el caso de un manchego que sirvió en el porta -helicópteros “Dédalo”, que cruzó el Atlántico y consiguió moneda del imperio dominante y amigo de España (dólares). Prometió este marino darle una caja de zapatos llena de billetes verdes americanos a la chica y cumplió su palabra.

Cuando aquel evento acabó y los barcos zarparon, muchos almerienses acudieron al puerto a despedir a quienes de una u otra manera habían tenido contacto con ellos y ellas. La chica que recibió la caja de zapatos reconoció al marino que se la dio, agitó un pañuelo que llevaba y llamó su atención. Este también la reconoció y colocándose las manos entre los labios haciendo de altavoz, le gritó: “¡Isabel, los dólares que había en la caja de zapatos que te dejé eran falsos!” La chica casi ni se inmutó, ella tenía mucha vida corrida, muchos tiros dados y muchos desengaños. Verdad o mentira sería, pero le contestó lo siguiente: “Vale, Julián Salcedo, los dólares de la caja de zapatos eran falsos, ayer me di cuenta cuando fui al banco, pero puedo asegurarte que las venéreas que te pegué son auténticas”.



Imagen extraída de la página de Jose Ángel Pérez, “Almería, mis felices años”

“Todos los barrios de Almería eran una fiesta al caer la tarde de aquel año de 1971. Todos los buques de la armada, excepto el destructor Roger de Lauria por una avería en el sonar, estaban atracados en el puerto de Almería. Había verbenas en todas las plazas y plazoletas. Fue la primera vez que pensé que mi ciudad era importante, su población aumentó notablemente. Seguramente, o al menos esa impresión daba, que era mayor el número de marinos que alegraban las calles que el de sus moradores. Los negocios de la capital florecieron y gozaron durante una semana (LA SEMANA NAVAL) de una gloria efímera. Los prostíbulos, los conocidos y los de tapadillo, también se lucraron por esta excepcional semana. Algunos timos hubo por parte y parte, unos soportaron estoicamente el destino del engaño y otros u otras se resarcieron, vengándose sutilmente.”

EL MARGINAL LUIS, AMANTE DE LOS PERROS

Era otoño de boiras en 1972. Era temprano y había neblina cerca del puerto.

De las esquinas entre callejas del barrio antiguo y prohibido, aparece una figura imponente cubierta por una manta cuartelera grisácea, con una franja de color más claro, beige o blanca. La niebla o la suciedad del raído harapo impedía definir el color, pero cantaba su procedencia de albergue, cuartel, hospicio o centro de beneficencia.



Imagen de Luis el de los perros (o alguien que se le parece mucho)

Bajo la manta asquerosa y muy vieja estaba él, uno de los personajes más conocidos de los bajos fondos almerienses, imponentemente grande y de largas barbas, presuntamente piojosas. No causaba, sin embargo, miedo alguno a quien se cruzara con él. Era el deficientemente aseado “Luis, el de los perros”, que portaba un caldero de zinc lleno casi hasta arriba de “pescao”, que repartía entre los hambrientos gatos callejeros que le salían al paso con el rabo vertical, en el viejo barrio de las perchas. En esta ocasión no le acompañaba la totalidad de su peculiar séquito perruno, como era habitual, solo un pequeño grupo de perros (no más de siete) chuchos callejeros que iba recogiendo por las calles o se iban pegando a él durante el recorrido de aquella mañana o en días anteriores, cuando quedaban los canes huérfanos de amo y notaban una oquedad cóncava en su interior, corazón y estómago, quizá por ese orden (los perros son perros, no personas). Siempre iba su buque insignia, un perro grande mixtolocho que respondía al nombre de “desgraciao”. Quizá se llamaba así o quizá era una manera de definirlo, aunque el resto de congéneres pulgosos no eran menos merecedores de ese apelativo. Eran los perros de Luis y él era “Luis, el de los perros”. Ni ellos, ni Luis, se sentían portadores de esa definición de infortunio. Ellos, los perros, llevaban una verdadera vida de perros y Luis tenía lo que quería tener, su libertad, su sitio donde vivir, sus calles por donde andaba, su inadaptación social y la facundia ordinaria, casi siempre en alta frecuencia. Y la compañía elegida, sus amigos, sus perros.



“Luis, el de los perros, seguramente fue el primer caso de inadaptación social que conocí. Su entorno familiar no era de la miseria generalizada que entonces existía en los deprimidos barrios de una ciudad, rezagada de la débil prosperidad que, decían, surgió en los años sesenta y corriendo ya los años setenta. Almería era la provincia con menor renta per cápita de España. A pesar de ello, eligió la marginalidad como su forma de vivir en compañía de un grupo de perros callejeros y no con sus congéneres. Viviendo como estos animales y muriendo como ellos, vivió en la calle y en ella apareció su corpulento cadáver (el padre de Luis era el jefe de obra pública de la ciudad).”

HUMO DE CELTAS, LA ROÑA Y LAS RATAS

Centro de Almería 1973, plaza principal, entre la puerta de Purchena y esa calle que conduce al cine “Gelu”, un establecimiento vetusto y añejo, como la mugre que albergaba.

Aquel local contenía una neblina de tabaco Celtas que impedía ver su interior. La puerta grande, siempre abierta, permitía saber que la estancia no estaba vacía por el movimiento de gente que había dentro. Eran borrachos profundos, dentro de estos había dos tipos: los que bebían finos combinados de alcohol y refresco y los que tomaban vino, y dentro de los segundos existía un subgrupo que eran la clientela del local, borrachos sempiternos que vivían en la indigencia o muy cerca de ella. Acudían al local antes de que abrieran y bebían, como agua un perro sediento, vino peleón e incluso la especialidad de la casa: los vasos de vino de recortes, a dos reales el servicio de 250 c.c., vino procedente de la recogida de los restos que quedaban abandonados en los vasos por los clientes más exquisitos. Era el local una oscura estancia, sin ventilación salvo la gran puerta de entrada donde la mugre se acumulaba capa sobre capa a través de los años. Un antro inmundo que parecía sacado de una novela de Sánchez Ferlosio o Vasco Pratolini.

Eran asiduos del local lustrosos roedores de apreciable tamaño, que llegaban a medir hasta veinticinco centímetros más su larga cola. Estos aparecían sin disimulo y se acercaban a devorar las migajas que caían de las roñosas mesas al suelo, no menos roñoso y huérfano de lejía.

Cerraba a medio día y abrían de nuevo a las cinco de la tarde. Para cerrar las puertas del local rascaban los cantos de los marcos, con algún cuchillo grande que volvía después a su uso doméstico de cortar viandas, pan o tocino rancio, a veces bacalao, rancio también o abrir algún arenque tras aplastarlo entre el marco y la media puerta que daba acceso al interior de la barra.

La clientela no se iba, esperaban sentados o dormitando en los bancos de la plaza hasta que volvían a abrir la bodega.

Al cerrarla, ya oscuro, tampoco se iban todos los clientes perdiéndose entre callejas. Muchos de ellos volvían a los bancos y algunos ya no despertaban a la mañana siguiente. Otros eran recogidos por los camilleros de la cercana “Casa de Socorro” y depositados en el dispensario de este centro benéfico-caritativo o eran trasladados a albergues. Al otro día nada era diferente, nada había cambiado sustancialmente, simplemente era lo cotidiano, la vida en aquella pequeña ciudad que lo era entonces. Casi nadie compraba el periódico, pero seguramente tampoco este se hacía eco de una defunción que no pagase esquila. Porque como ya se dijo:

LAS COSAS QUE PASAN EN BARES INMUNDOS,
Y CAFÉS NO LITERARIOS,
SON LAS QUE SE ESCRIBEN EN LOS LIBROS
Y SOLAMENTE EN ELLOS.

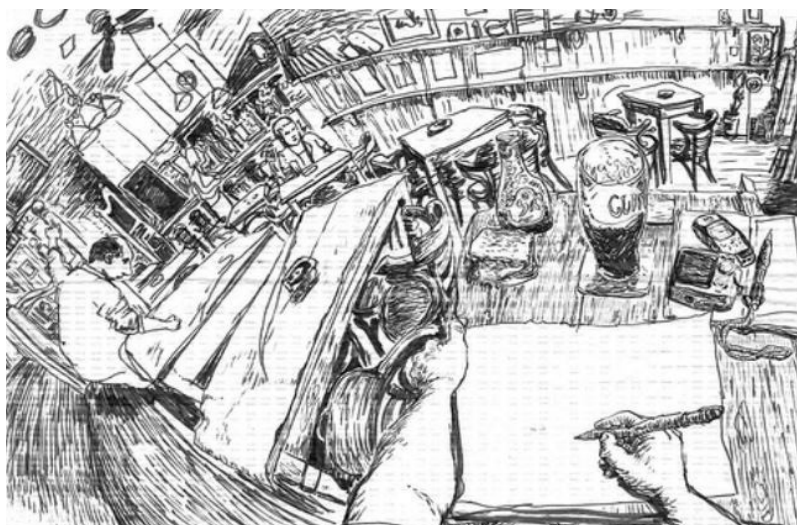


Ilustración de Ricardo Cabral

“Libros que no leerán sus protagonistas, porque a muchos de ellos les alcanzará la muerte en cualquier esquina cercana a cualquier taberna oscura ensombrecida por una nube de tabaco mal oliente y barato, antes de que estos libros se escriban. Muchos conocidos, y algunos amigos, murieron incluso antes de que yo pensara en este libro de relatos.”

PENITENCIA A UN VOYEUR

Almería, 1974. Yo pertenecí a un grupo de teatro en aquellos tiempos en que en mi ciudad no había apenas salas de teatro destinadas a ese fin. Todo eran cines, pero había muchos en todos los pueblos. Eran “teatros-cine” y, en algunos casos, también bar. Esto era, sin duda, lo mejor de aquellos recintos.



Mi acreditación del grupo de teatro

El grupo actuaba en los pueblos de la provincia como los antiguos titiriteros y, aunque las salas de “teatro-cine-bar” de todos los pueblos no se usaban para representaciones teatrales, sí contaban con escenario y camerinos. Y sobre camerinos va la historia.

Las actrices se estaban poniendo el vestuario de caracterización para la obra en el mentado camerino y solían hacerlo casi siempre sobre la ropa que traían ya puesta. Entonces, vieron a un mozo de aquel pueblo que, más que por morbo, por curiosidad, se asomó a un ventanuco que daba al interior habiendo dispuesto para ello unas mesas y sillas en las que se subió.

Entonces saltó la alarma y avisaron al dueño del cine-teatro-terrace de verano-bar del pueblo, este llamó al cuartel de la Benemérita, que también había en el pueblo y se presentaron dos números uniformados con el traje color verde oliva.

Al no ser el pueblo muy grande, todos se conocían y los agentes reconocieron al mozo y avisaron a su padre.

Llegó pronto el progenitor del chaval y, mientras se iba quitando una correa de gran hebilla del pantalón de verano, subía la calle con tal cara de mala leche que hasta la Guardia Civil de aquellos tiempos pareció intimidarse y soltaron raudo al mozo, que vino a caer en las garras de su padre y al calor de su correa. Era el hombre de manos fuertes y hábiles, tanto, que con una daba hostias de a mil duros y, con la otra, certeros latigazos de correa en perfecta sincronización. De vez en cuando también usaba la punta de sus zapatos, sincronizadamente, sobre el culo del muchacho.

Tal tormenta de golpes caía sobre el mozo calle abajo hasta su domicilio, que la Guardia Civil de la época suplicaba y hasta imploraba al padre que descansara de su fecunda tarea de latigazos de correa y golpes muy recios, pues los mamporros ya desfiguraban al muchacho hasta sembrar la duda en los agentes si ese sería el mozo “*pillao*” de voyeur y correspondía tutela a quien con ahínco lo golpeaba tan reciamente.

La Guardia Civil se retiró al llegar al cuartel que estaba en la misma calle, mientras el padre seguía golpeando al hijo calle abajo de modo inmisericorde y se seguía escuchando al padre dar golpes y al hijo quejarse hasta que la oscuridad de la noche tapó aquella imagen, pero no el sonido.

Aquel pueblo tenía cine-teatro-bar, iglesia y cuartel de la Guardia Civil, pero no centro de atención sanitaria, con médico y enfermeros. Me enteré después de que el muchacho sobrevivió a aquello. Menos mal.



“Hasta el final de la década de los setenta, la disciplina para la corrección de incivismos y represión de inmoralidades se aplicaba con frecuencia en forma de cinturón de cuero, incluyendo también la hebilla. La letra con sangre entra. Quizá el mozo solo quería saber qué ocurría, lo que no ofrecía el escenario. La desgracia del muchacho fue encontrarse con el padre en su peculiar exilio, pues este optó por administrarle el castigo antes de hacerle la pregunta.”

POR QUE ACOJONARSE ES TENER MIEDO

Era el mes de marzo de 1975, Semana Santa. Aprovechamos aquel período que no había clases para asaltar la cumbre del pico más alto de la península: el Mulhacén. Yo siempre salía de montañismo con “La Bastorra”, pero cuando llegamos a la estación para coger “La Alsina”, que iba hasta Los Bérchules (Granada), nos encontramos allí con varios más que, sin ninguna experiencia, habían tenido la misma idea que nosotros y quisieron apuntarse.

El tiempo al llegar a Los Bérchules era malo, de invierno que daba los últimos coletazos de climatología adversa, cosa inconveniente para aquella actividad que queríamos realizar porque admirábamos a Cesar Pérez de Tudela. Y, si lo conseguíamos, ¿por qué no también el Naranjo años más tarde, donde este alpinista que aparecía en todas las televisiones fue un héroe en la montaña asturiana, cuando lo de Arrabal y Lastra?

El lugar de inicio de la expedición era Trevélez, que dicen se llama así porque son tres pueblos: el bajo, el medio y el alto. Buscamos un taxi en Los Bérchules y ningún taxista quería hacernos el servicio, porque ya había anochecido y el asfalto mojado era un riesgo para un conductor que no buscaba aventura alguna.

Al final uno se prestó a llevarnos en su “Seat 1500”, de esos que empalman para que tenga siete plazas.



Carnet federativo

Íbamos más, pero no encontramos en la carretera ninguna patrulla de la guardia civil que nos multara y por ello solo nos costó el viaje diez duros a cada uno. La carretera era pendiente, estrecha, con mal piso y solitaria, sobre todo esto último. No solo no nos cruzamos con la Benemérita, sino con ningún otro ser vivo o quizá no lo vimos porque, además, había niebla, muchísima niebla.

Temprano comenzamos a subir con ventisca y la comentada niebla. Topamos pronto con la nieve y el hielo y cuanto más subíamos, más escasa era la visibilidad. Empezamos a dejar de vernos los unos a los otros y el grupo se disgregó hasta que incluso dejamos de oírnos, o sea, una caterva, que diría mi amigo Céspedes Gómez (Antonio Jesús) con quien viví otra en “Pecho-cuchillo” (Sierra de Gador).

Yo no perdí contacto con “la Bastorra”, pero tuvimos que cogernos de la mano, porque, aunque íbamos uno al lado del otro, no nos veíamos. Yo sentía como mis testículos se contraían de una forma extraña (quizá de ahí el origen de la expresión “acojonarse”). Yo sí estaba “acojonao”, además, me parecía ver a gente y escuchar voces, pero luego supe que no eran mis otros compañeros. Incluso me pareció ver al “Yeti”, a “La Santa Compañía” y a un murciano vendiendo ajos.

La nieve era muy abundante. Encontramos una zona que no tenía mucha inclinación, paramos a comernos un bocadillo de pan con tocino y nos sentamos en una piedra que, sorprendentemente, no había tapado la nieve y al apoyar el trasero sin separar las manos, pero sin vernos, la piedra empezó a moverse. Era una piedra que se suele poner sobre la boca de las chimeneas para que la nieve no entre dentro de los cortijos. Rápido, nos levantamos y, siguiendo nuestras propias huellas, descubrimos que la nieve había derribado parte de la pared del cortijo y pudimos entrar dentro. Antes no vimos el cortijo y ahora si lo veíamos, significaba que la niebla era menos espesa y podíamos ver algo más. Comimos y bebimos abundantemente en el viejo cortijo que parecía abandonado y salimos de él a buscar a los otros, la niebla empezaba a retirarse.

Nunca supimos si alcanzamos cumbre y la pasamos sin darnos cuenta o estuvimos dando vueltas. Llevábamos más de ocho horas ascendiendo. De pronto, la niebla casi desapareció y decidimos bajar a toda prisa. Al llegar a más baja altura, la niebla se hizo otra vez más espesa y volvimos a no ver nada, ni siquiera veía a mi compañero. Nos habíamos “*soltao*” de las manos y esta vez me quedé solo, como el resto del grupo que también se dividió en unidades.

Al final fuimos llegando a Trevélez, pero de forma muy escalonada, de uno en uno y por distintos sitios. Borbalán, al que le quedaban pocas primaveras pues cinco años después murió en los

Alpes, contó que lo engulló la nieve y que vino a caer al lecho de un torrente y siguiéndolo apareció en Trevélez bajo.

Todos, después, nos reunimos en el bar del pueblo, donde un señor mayor, que dijo ser el padre del alcalde de Trevélez, nos invitó a comer y beber en abundancia y nos decía: “muchachos, bebed y comed lo que queráis, que estáis en mi casa, en mi pueblo y en España y mi hijo es el alcalde. Eso sí, siempre que me digáis que no sois de la E.T.A.”



Miguel García Maldonado y Jesús Teruel

“La montaña posee una magia y un encantamiento fatal, que es comparado con frecuencia con cantos de sirena, que empujan al naufragio y a la muerte a navíos en los mares y a hombres en las faldas de sus cumbres.”



Imagen de “Diario de Almería”

“Hace casi tres décadas, el Mont Blanc se cobró la vida de dos montañistas almerienses, dejando a un tercero herido de gravedad, al producirse un violento e inesperado alud de piedras y nieve.

El sábado 4 de julio de 1980 se produjo un trágico accidente en los Alpes franceses al despeñarse tres jóvenes montañeros almerienses cuando su expedición pretendía alcanzar la cima del macizo de Mont Blanc, falleciendo dos de ellos sepultados y resultando herido grave un tercero al producirse un violento e inesperado alud de nieve y piedras.

Ese mismo día, en otro similar accidente, fallecieron otros tres alpinistas de nacionalidad fran-

cesa que completaban la expedición. El terrible suceso, que provocó la muerte de los montañeros almerienses, se produjo a media mañana en un lugar situado entre la zona norte de “la aguja” de Gourter y el refugio de Tete Rousse a 3.167 metros de altitud. La aguja de Gourter está considerada por los expertos como un punto extremadamente peligroso, especialmente en la zona denominada como “La Bolera”, un sinuoso y difícil corredor donde la lluvia de piedras suele ser continua, provocada por vientos de hasta 150 kilómetros por hora.

La noticia del suceso, conocida unos días más tarde en Almería, originó una profunda consternación y dolor en toda la provincia. Los familiares, nada más ser informados de la tragedia, de inmediato vía Madrid, se desplazaron desde el aeródromo de Turre, donde, en un avión bimotor, se dirigieron hasta la localidad francesa de Lyon y posteriormente en automóvil hasta Chamonix. Fue la gendarmería de San Gervais la que participó del accidente a las autoridades españolas. En España la noticia se supo a través de la emisión del telediario de mediodía de TVE, aunque fue una información un tanto imprecisa e inconcreta en cuanto a la identidad de algunos de los montañeros fallecidos.

Los jóvenes muertos fueron José Borbalán Tercero y Joaquín Montesinos García, mientras que un tercero, Francisco Domingo Compán Ros, de veintidós años de edad, resultó herido muy grave e intervenido quirúrgicamente en el hospital Sanllonche de Chamonix, afectado de una fractura de cráneo. Este permaneció varias semanas hos-

pitalizado hasta que, una vez restablecido de las lesiones sufridas, fue dado de alta clínica.

Todos ellos formaban parte del grupo de montañeros "Portocarrero" vinculado al Teleclub "San Fernando" de Regiones Devastadas y era la primera vez que los muchachos salían al extranjero a practicar su deporte favorito. Los tres montañeros almerienses habían salido de la capital a primeras horas de la tarde del 1 de julio en un turismo propiedad de José Borbalán Tercero. La mañana del jueves día tres, los jóvenes, desde el refugio de Tete Rousse, contactaron telefónicamente con sus familiares indicándoles que ya estaban en la zona y se encontraban bien.

José Borbalán Tercero, de veinticinco años, presidente del club de montañismo "Portocarrero", estaba casado con Margarita Osorio y era padre de una niña de corta edad. Ejercía como profesor de EGB, recientemente había aprobado unas oposiciones y había sido destinado al colegio público de Bayarcal para incorporarse al nuevo curso en el mes de septiembre, pero, desgraciadamente, no llegó a ocupar la plaza.

Su compañero, Joaquín Montesinos García, contaba veinte años, estaba soltero y trabajaba en el almacén de un popular establecimiento de ultramarinos de la capital. Ambos jóvenes practicaban este deporte desde hacía varios años, cuando eran adolescentes con trece y catorce años, y se les despertó el amor por la montaña. Pese a su juventud, los tres muchachos tenían una cierta experiencia.

Hasta el dieciséis de julio, de madrugada, doce días después de producirse la desgracia, no llega-

ron a Almería procedentes de Chamonix los féretros de los dos montañeros fallecidos.

El cuerpo sin vida de José Borbalán Tercero fue rescatado diez días más tarde ante las duras condiciones atmosféricas y dificultades meteorológicas que, a pesar de ser verano, presentaba la zona. Los deportistas fueron velados en el centro cultural de San Isidro de la barriada de Regiones Devastadas. La misa de corpore insepulto se celebró en la iglesia de San Isidro, oficiada por el párroco José Burló ante más de un millar de personas, gran parte de ellas sin que pudieran lograr acceder al interior templo.

La gran familia del deporte almeriense rindió un sentido homenaje a los dos jóvenes que perdieron la vida en el trágico suceso. Fueron muchos los compañeros de otros grupos de montañismo y espeleología de la capital y de otras provincias limítrofes que se sumaron al sepelio. Los gastos del traslado de los cadáveres desde Francia fueron sufragados por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Almería, al no hacerse cargo de los mismos la federación de Montañismo.

El Mont Blanc es una montaña granítica situada en un valle con numerosos glaciares. Es el punto culminante de los Alpes, dentro del macizo del Mont Blanc, que se encuentra repartido entre el Valle de Aosta (Val Veny y Val Ferret), en Italia y Alta Saboya (Chamonix-Mont-Blanc), en Francia. Las dos ciudades cercanas más famosas son Courmayeur, en Italia y Chamonix-Mont-Blanc, en Francia.

Tiene una altura oficial de 4.81045 metros -según la última medición oficial en septiembre de

2009- y es el punto más elevado de Italia y Francia, aunque no es la más elevada de Europa, ya que según la geografía oficial es el Elbrus con 5.642 m, que forma parte de la cadena del Cáucaso. La situación de la cima está compartida entre Italia y Francia. Numerosos glaciares se encuentran a su alrededor: al sur los glaciares de Freney, de La Brenva, de Miage, del Mont Blanc y de Brouillard; y al norte, los glaciares de Bossons y la mer de Glace. En 1957, se inició la construcción del túnel de Mont Blanc, que se terminó en 1965 y tiene 11,6 km de largo y es una de las mayores rutas de transporte transalpina, ya que une a Italia y Francia. El macizo del Mont Blanc es un destino habitual de montañismo, senderismo, esquí y snowboarding.”

*Artículo de prensa de “Diario de Almería”, por
José Ángel Pérez, 31 de marzo 2010*

EL PROFESOR DE F.E.N. (Y GIMNASIA)

Llegaba al instituto con su “R-5” recién “comprao”. 50 metros antes de llegar al centro educativo, recogía a cuatro alumnos pelotas que montaba en su coche y les ahorra ese trayecto, que era cuesta arriba.

Era el año de 1976 y él, Don Antón Mesones, conocido también por “Antón el Cojones” o “Antón el Cabrón”, gastaba este bigote tricolor de antiguo brigada del ejército de tierra, canoso por los años, rojo por el tinto y negro de moreno natural, sin colorantes ni conservantes.

Era duro ejerciendo de profesor de educación física y para aprobar aquella asignatura, “María”, había que, entre otras cosas, saltar el caballo de cuero con las patas de madera al máximo de su altura. En cambio, cuando te daba F.E.N. (otra asignatura “María”), se mostraba paternal, comprensivo, alienante y hacía proselitismo con el alumnado de manera dulce, impropia de semejante “tío machote”.



Diferentes portadas de libros de esta asignatura

Era F.E.N asignatura cuyo desglose de siglas ya lo dice todo (Formación del Espíritu Nacional), pero los alumnos más bordes hacíamos las clases muy divertidas, tirando de sarcasmos e ironías. En tal asignatura nos explicaban, entre otras cosas, lo que era la “solidaridad” en un concepto correcto, pero peculiar, la describían como lo acogedores que éramos los españoles cuando llegaban a nuestro país los visitantes foráneos a dejarse “la lana” en hoteles y chiringuitos.

Eran los turistas la piedra filosofal de un régimen que muchos añoran (no solo eso del potencial económico añoran ahora

algunos del turismo, sino otras cosas también). Los turistas, a cambio, se dedicaban a “españollear”, hecho que captó avispadamente nuestro paisano Manolo Escobar y Luis Lucena, que lo convirtieron en canción de verano, por supuesto.

Se hablaba también en esa materia del P.I.B. y de geografía económica y fue en ese libro donde leí por primera vez el nombre de mi provincia, lo leí con tristeza, pero al ser la primera vez que leí su nombre en letras de imprenta y además dentro de un libro de texto, me hizo sentir cierta emoción, aunque lo que de ella se decía no era muy halagüeño:

“Almería es la provincia española que menos aporta al P.I.B. siendo la de Álava la que más contribuye”.

También hablaba el libro de infraestructuras hidráulicas y de pantanos y del Movimiento, pero sobre eso ya hay mucho escrito.

Don Antón Mesones, que, aunque de cierta edad, era hombre fibroso y fornido, sufrió un bajón físico cuando aquella Semana Santa legalizaron al P.C.E. y cuando el “28 de octubre” Felipe ganó las elecciones, su deterioro físico era ya muy evidente y claro, como el tiempo no pasa en balde para nadie, al final murió de algo más que de viejo. Fue en los primeros días de diciembre de 1982 cuando Felipe González formó gobierno y puso como ministros a un montón de “rojos”.



“La asignatura FEN (Formación del Espíritu Nacional), que se cursaba en los centros públicos de segunda enseñanza, tenía un paralelismo con las anotaciones en la cartilla militar. En la calificación de esta asignatura quedaba acreditada la españolidad del alumno como en la cartilla militar se podía leer El Valor se le supone. Los profesores de esta asignatura solían serlo también de Educación física y, algunos de ellos, personas vinculadas estrechamente al régimen (militar por supuesto). Uno de los que tuve fue divisionario y otro candidato a procurador en cortes en las elecciones de 1970. Yo también aprobé esa asignatura, patriota lo era y lo sigo siendo, otra cosa es saber si mi manera de entender el patriotismo era concordante con la de los profesores que impartían aquella asignatura.”

EL BARRIO PROHIBIDO, O LA ROULOTTE DEL RATA

Dos horas después de haber amanecido aquella mañana de primavera de 1977, aquel precioso barrio olía fuerte aún a aguardiente y a orines, también a geranios y otras flores de las macetas que había tras las rejas de ventanas y balcones de aquellas hermosas casas típicas del típico barrio que se descolgaba desde la falda del cerro de San Cristóbal hasta la plaza del ayuntamiento, lindando al sur con la “Joya”, que era un paraje llamado “La Hoya” pero se pronunciaba “La Joya” en fonética Almeriense.

Era, el barrio de “Las Perchas”, territorio de “La Manca”. Era la “Manca” una veterana operaria del sexo de pago, había otras: “La Pataleta”, “La Cojitranca”, “La Bizca” y “La Pedales”. Ni esta última era ciclista ni las otras padecían deficiencias físicas en sus extremidades o el avieso mirar. No sé por qué las llamaban así. En el caso de “La Manca” dicen que era porque al contrario que hiciera cualquier otro operario de cualquier oficio, nunca usaba las manos. Ella todo lo hacía con el coño.

Era la servidora del sexo más legendaria, hasta el punto de que cuando alguien decía voy al barrio de “Las Perchas”, quien le escuchaba decía con sorna: ¿qué, a ver a “La Manca”? No eran “Las Perchas” el único lugar donde se ejercía el viejo oficio, existían

ya locales semi autorizados, los antecesores a los actuales “puti-clubs”, después “top-less” y “puticlub” otra vez. Además, estaba la “Roulotte del rata”, un tipo dedicado al espectáculo (de todo tipo) que colocó una vieja autocaravana frente a la parada de la “Parrala de Viator”, justo a la salida del “Centro de Instrucción y Reclutamiento”. Este local rodante contaba con dos activas operarias a pesar de lo cual los reclutas hacían largas colas hasta acceder dentro del vehículo, donde se prestaba un rápido aunque eficiente servicio, al módico precio de diez duros por barba.



“El Rata” recaudaba una media de diez mil pesetas o dos mil duros cada fin de semana, pingüe cantidad pecuniaria para aquellos años, pese a que más de la mitad de los reclutas usuarios del servicio se escapaban sin pagar.

“La Parrala” era el autocar, aún le siguen llamando así, que cubría y sigue cubriendo el servicio de transporte pasajero entre la capital de Almería y el campamento de Viator, (Centro de Instrucción y Reclutamiento, etc.).

“La roulotte del Rata “ abría coincidiendo con la hora de paseo de los reclutas, el resto del tiempo permanecía en el lugar como un vehículo abandonado que habían rechazado hasta en los desguaces. En cambio, el barrio de “Las Perchas”, estaba vivo todo el día y convivían en él otras actividades, además de la más conocida. Sigue siendo un barrio bonito lo que queda, pero ya no es lo que era.



Trabajadoras del barrio, fotografía de Eugène Atget

“El barrio más antiguo de Almería era también donde se concentraban las personas que ejercían el oficio más antiguo. Las edificaciones donde ejercían eran, por tanto, al igual que donde se ejercían los oficios religiosos, las más antiguas de todas las ciudades, excepto las que albergaban la ubicación de algún monumento romano, compartiendo estas construcciones antigüedad con lugares donde se ejerció el antiguo oficio. Los restos de los lupanares de la vieja Pompeya “así lo cantan”.”

LOS GATOS MASOQUISTAS

Calle de “Hermanos Pinzón”, que no hermanastros, como yo creía. Era tal mi creencia, por la dispar coincidencia en apellidos entre hermanos de padre y madre, porque, si uno era Martín Alonso Pinzón y el otro Vicente Yáñez Pinzón, uno de ellos o bien no compartía padre o era “inclusero”. Pero no es por ello la disparidad de apellidos sino, que en aquella época el padrinzago era cosa importante e influyente de por vida: fue el padrino de Don Vicente, Don Rodrigo Yáñez y, en aquel tiempo, era costumbre y protocolo apellidar en bautismo al nuevo cristiano, con el patronímico familiar del padrino.

Pero mi historia es distinta, porque en el siglo XV no solo no existía yo, sino que incluso no habría rastro alguno de mis ancestros, además solo estoy recopilando historias del silo XX, no del XV.

Hablamos de 1978, año de la Constitución, pero es una historia que nada tiene que ver con ella. Año de 1978 reitero, en la calle mencionada anteriormente donde vivía Pepe “el Gafas”, también llamado “Loquillo”, vecino de Paco “el Puerco”, “Manolomulo”, el “Carcoma” y siete hermanos más. Era Pepe el “Gafas” muchacho de mente brillante y de buenas notas e hijo único, así que sus padres, que podrían ser abuelos por cronología, le regalaban a Pepe llamativos obsequios al final de cada curso, como premio por su esfuerzo en el Instituto. En una ocasión un juego

de química, pero de los buenos, no como el de mi amigo, que tenía uno con el que nos sentíamos científicos, pero solo conseguimos sintetizar el amoniaco, que usábamos para quitarnos la cogorza tras agotar alguna botella de whisky del bien surtido “mueble-bar” de su padre. Pepe en cambio consiguió prenderle fuego a su habitación y casi calcinar la casa donde vivía con sus padres, con sus geniales experimentos químicos.

Fue por esto que sus padres al siguiente curso le regalaron una caña de pescar de esas de carrete para que el “niño” practicase una actividad de menor riesgo.

Pepe no daba uso a ese regalo de manera ortodoxa, sino que, por su genialidad, la usaba en otro entretenimiento. Ocho años antes, el hundimiento de un edificio contiguo al suyo dejó quince muertos y un extenso solar, que se llenaba a diario de gatos vagabundos.

Era en ese solar y con sus pobladores donde el “Loquillo” se entretenía con curiosos menesteres. La madre de Pepe cocinaba pescado a diario, casi siempre sardinas, posiblemente por el fósforo básico en la alimentación de todo hijo estudiante, y siempre había en el frigorífico de la cocina este producto del mar. Pepe armaba la caña de pescar con alguna sardina como cebo y después soltaba sedal y anzuelo hasta que llegaba al solar lleno de gatos. Estos se peleaban por coger la sardina y los que llegaban hasta el “engaño” se aferraban a él con tal ahínco, enajenando sus perspicaces sentidos o instintos gatunos, que no se percataban de que ascendían de forma rápida hasta la azotea del edificio de Pepe, que era una cuarta planta. Una vez el gato arriba, el “Loquillo” se deshacía del felino de un estacazo cayendo a plomo y pegándose los animales tal panzazo, que levantaban el polvo del solar, o sea que, gato que quería sardina, pagaba por ella un buen porrazo contra el suelo, más el estacazo de propina, algo así como el “IVA” que hay ahora y que Pepe les aplicaba con mala leche y brazo muy recio, como el que se grava a los artículos de lujo.

Curioso y llamativo era observar que casi siempre eran los mismos gatos los que se apuntaban a esa diversión de ascensión y caída súbita. Cuando llegaba el pescado al suelo, eran casi siempre los mismos gatos los que conseguían tras una feroz pugna ser engañados por la sardina de Pepe y emprendían un viaje de ida y vuelta con brusco aterrizaje. Eran los gatos más fuertes, o quizá los más tontos, o los más hambrientos, aunque todos tenían hambre. Pero lo que llamaba la atención a los Hermanos Paco “el Puerco”, el “Carcoma” y “Manolomulo”, vecinos del “Loquillo”, que observaban divertidos desde sus ventanas, la extraña aplicación que Pepe daba a una caña de pescar de carrete, era ver que los gatos cada día se arrimaban al muro medianero del edificio esperando a Pepe “el Gafas”, a su caña y sus sardinas.



“La exquisitez que representa, una pieza entera de sardina y no solamente sus espinas, hace olvidar las dolorosas consecuencias a cualquier gato callejero hambriento, más aún tras haber disfrutado de tan sabrosa experiencia. Es esto lo que explica la insistencia de estos animales por repetir más de lo mismo “cuan presto se va el placer como después de acordado, da dolor”, escribió Jorge Manrique El comportamiento de los gatos, y aún más siendo callejeros y hambrientos, no implica un supuesto desvarío psicológico. Simplemente es el Hambre.”

EL FANTASMA DE TABERNAS NO ERA HIJO DEL BOTICARIO

Bajaba el camión empujado por una sobrecarga de nísperos del pueblo alicantino de Callosa D'Ensariá. Llameaba por la carretera de Murcia entre Sorbas y el monte Alfaro y silbaban agudos los dos turbos del "P-200", como un sonido siniestro que procediera del averno.

Me acompañaba "El Pere", que estaba convaleciente de una operación de pies planos. Él no había hecho casi nada en el viaje, pero estaba cansado. Eran las cuatro menos veinte de la mañana de un abril de 1979, buena visibilidad y luminosidad lunar antes de que amaneciese lo que se intuía sería una preciosa mañana de primavera.

Al terminar la cuesta ahí estaba, caminando por el margen de la calzada cerca de los decorados donde se filmaron muchas películas de Sergio Leone.

Era "El Fantasma de Tabernas", yo tenía veintidós años y estaba cansado. Dicen que eso hace ver cosas que no existen, pero "El Pere", que no iba durmiendo, aunque callaba, cosa rara, también lo vio. De hecho, fue él quien me dijo si yo había visto algo y me preguntó que qué era y ambos vimos lo mismo: una figura espectral de más de tres metros de alto, vestido con una gabardina, una capa parda y en su cabeza un sombrero como el de los antiguos

peregrinos del camino de Santiago, pero este iba justo en sentido contrario a la localidad coruñesa. Al caminar levantaba el polvo de la cuneta con sus pies, dando a aquella figura un aspecto aún más fantasmal.

Aquella visión la contamos muchas veces a la gente, porque estábamos seguros de haberla visto. Yo sabía que el hijo del boticario, que fue compañero mío de instituto, tenía la costumbre de salir algunas noches a la carretera cubriéndose con una sábana. Quizá él había escuchado la historia del fantasma de su pueblo y quería engañar a la gente para reírse de ella, hasta que una noche fue su padre, o sea el farmacéutico, quien pasó cerca con el coche, lo reconoció y se fue a esperarlo en casa con la correa en la mano y, a partir de esa noche, dejó de divertirse de esa forma. Además, el hijo del boticario, no medía tres metros, solo 1'90 y la sábana era blanca como la de los fantasmas al uso, y el que vimos Pere y yo vestía gabardina y capa parda.

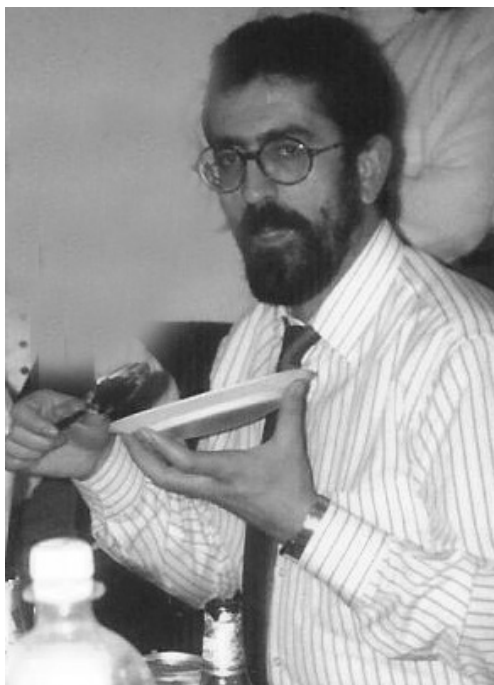


El Pere murió convencido de haberlo visto y yo me fui olvidando de aquello, ya no me daba escalofrío alguno cuando pa-

saba por aquel lugar algunas noches que fueron muchas por mi oficio, antes de que terminaran la autovía “A-7”.

Sin embargo, treinta años más tarde, fue el que dirige un programa nocturno de televisión a quien mi mujer confunde con el guardameta del Real Madrid (Casillas) quien sacó ese tema y describió al espectro, tal como lo vimos Pere y yo.

Desde aquella noche, mi “Esperancilla López” cree más las cosas que le digo y cada vez me va haciendo más caso. Es por eso que debo agradecerle a la T.V. que avale mis historias. Es increíble lo convincente de este medio, de ahí supongo nace el interés que tienen muchos en controlarla.



Antonio Emilio Peregrín Céspedes (DEP) “El Pere”, que también vio el fantasma

“Esa imagen espectral ha sido visto por mucha gente. Mi visión la atribuí a una alucinación producto de mi agotamiento, sin embargo, supe después que fue vista por diferentes personas de distinta condición y cultura. Tras la emisión del programa de Iker Jiménez Elizari, indagué sobre el asunto hablando con conocidos originarios o residentes del pueblo de Tabernas (Almería), que me aseguraron haberlo visto o conocer a alguien que también habló de ello.”

CANNABIS

Corría la década de 1980 y el consumo de cannabis y marihuana estaba en todo su esplendor (luego llegaron al conocimiento general otras cosas que ya estaban, pero no eran tan populares). El cannabis, o chocolate, era relativamente asequible. Por mil pesetas comprabas un talego y por quinientas una postura, entre veinte y diez porros salían de esas raciones que se estandarizaron para su comercio. También podías comprar una china por veinte duros para hacerte un par de porros, pero ya que ibas a los barrios de mala fama, donde estaban los puntos de venta, hacías acopio, al menos, de un talego o dos.

En 1989 se creó un partido político con objeto de elevar al Parlamento Europeo propuestas para su legalización, “el G.R.D”. El número uno de la lista era Javier Krahe de Salas (“El Íncrito”), que solo obtuvo 3.300 votos, pero quizá porque la participación fue solo del 54,71 %, batiendo récord de abstención, claro, “porrismo y pasotismo” a menudo van de la mano. Peor le fue a la “Agrupación Electoral Bacteria”, que no votó ni su principal candidato (cero votos). Al menos Krahe dice que sí votó aquella vez (la única que lo ha hecho). Se rumorea que los que se dedicaban al “trapicheo” promovieron la abstención e incluso hicieron campaña en contra del partido de Krahe. No fue ese mi caso, porque no solo no era yo camello, sino que además intenté colaborar en

mis modestas posibilidades con el “G.R.D.” y confeccioné un soneto explicando de qué manera se hacía un canuto, cosa que sabía todo al que le gustaba fumar aquellos “cigarrillos de la risa”, y para ello me inspiré en un grande de las letras: Don Félix Lope de Vega y Carpio, que en el Siglo de Oro hizo un soneto explicando cómo se hacía esta composición poética y le quedó así:

SONETO

Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aún sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho.

Yo, en mi modestia, hice otro, pero mucho más prosaico, porque como soy muy completo, quise aunar en él los elementos fundamentales de la poesía: verso y prosa. Me quedó así:

EL OTRO SONETO

Un “canuto” me manda hacer un “colega”,
Yo, que jamás tuve destreza en tal oficio,
empleo a fondo tendré en el ejercicio
con el “costo” y el papel ese que pega.

Aplico el fuego a la “materia prima”
y voy sacando el papel del “librito”,
vierto el tabaco con mi pulso exquisito
y mientras tanto la afición que se anima.

Por fin enrolló y lo pego con saliva
cierro el extremo, para que no se salga
la rica mezcla sabrosa y combustiva,

misión cumplida, confeccioné el “canuto”
y me ha quedado gracioso y “Trompetero”
no he empleado en ello más de un minuto.



Fotografía EFE

“Los porros aparecieron de manera generalizada en todos los ambientes, tras la apertura que convivió con la transición. El plus de ser el Cannabis sustancia prohibida hizo a quien la probaba sentirse más libre, más “progre” y más “chiripitiflautico”. Asimismo, las porciones de ese producto (talegos, posturas y chinas) proporcionaba a algunos (los camellos) pequeños beneficios económicos.

Los porros no llegaban a los consumidores ya hechos y empaquetados como los cigarrillos normales, había que confeccionarlos de manera laboriosa, siendo este menester todo un arte y para mí merecedor de un soneto.”

LA TETA Y EL MEDALLÓN CÓNCAVO

En Almería, tierra de rodajes cinematográficos, es frecuente encontrar almerienses que hayan participado como extras en eso, casi siempre obteniendo importantes ganancias.



En 1981 tuvo lugar el rodaje de la película “Conan el Bárbaro”. Como dice mi amiga Ana Ruiz, aún no había llegado Felipe al gobierno de España, pero el paro era un problema muy grave entre la juventud. Se anunció una convocatoria de selección de figurantes jóvenes de más de 175 cm. de altura y preferiblemente rubios.

La selección se haría en el “Estadio Emilio Campra”, que entonces se llamaba “Estadio de La Falange”. Yo, como pasaba la altura

con holgura y además era rubio, acudí a la selección, y todos los que conocía y a los que no conocía también, aunque fuesen bajitos y morenos. Entre aquellos que se encargaban del casting estaba mi vecino Juanjo “El Zabala”, por lo que siempre viviré con la duda de si me cogieron por mi vecindad más que por “buen mozo”.

Se acercaban a la multitud de jóvenes y, señalándolos con el dedo, los apartaban y formaban círculos. En mi círculo, en el que habría unos catorce seleccionados, uno que era del barrio de Pescadería exclamó con orgullo: “¡nos han escogido a los más altos!”, pero erró.

En nuestro círculo había un seleccionado que no lo era y contestó: “de eso nada, que yo soy bien bajo”, a lo que raudamente le replicó el de Pescadería, con tono de voz autóctono de la zona: “a ti te habrán cogido *pa'* limpiarse el culo...” y seguidamente se acercó al muchacho de poca talla con un gesto cariñoso de disculpa, que confortó al aludido por haber sido comparado con un rollo de papel higiénico.

Una vez seleccionados, nos citaron en la rotonda de Pescadería un lunes muy de madrugada, nos subieron en un viejo autocar y nos llevaron hasta el poniente, concretamente al “Peñón de Bernal”, que es un hacho que se asemeja al Naranjo de Bulnes. Nada más llegar, nos dieron una túnica presuntamente blanca, unas sandalias asquerosas y un medallón semiesférico roñoso, manoseado y ennegrecido, con una especie de serpiente en rosco y un ojo en el centro. Ese medallón era cóncavo en su reverso.

Allí estuvimos todo el día a pleno sol, sin casi actividad, solo de vez en cuando nos decían que nos levantásemos y alzando los brazos gritáramos: “¡abdú, abdú!”

Pero no fueron lo peor las horas que pasamos al sol ni el aburrimiento, sino que estábamos sin tabaco y sin un duro, como diría Pepe Da Rosa.

Nos dieron por aquel día 4.500 ptas., o el equivalente, según algunos, a nueve posturas de costo. Casi todos encargamos

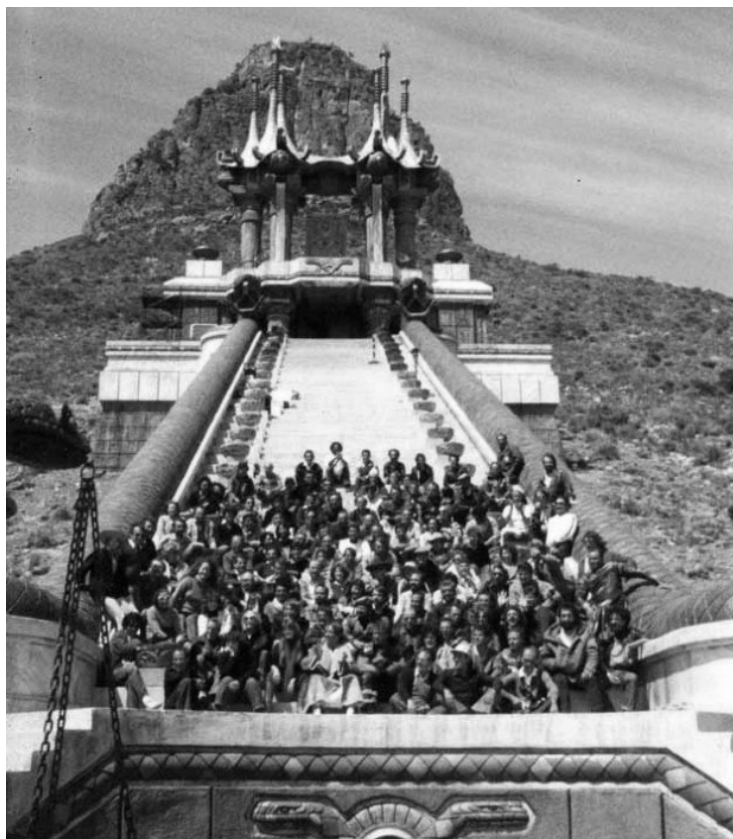
a algunos compañeros de rodaje, que eran de ciertas zonas, que nos trajesen alguna “postura” o “talego”. Algunas se perdieron por incomparencia al día siguiente de los encargados de hacer la compra, pero muchas llegaron.

El día siguiente fue casi igual que el anterior, pero teníamos tabaco y alguno con “aliño” y nos pagaron 6.000 ptas. en vez de 4.500, no sé por qué. El tercer día fue rodaje nocturno y nos pagaron 11.000 ptas. Nuestro trabajo de figuración fue igual al de los días anteriores. Debió de ser porque nos pagaron “plus” de nocturnidad.

Hacía frío e hicieron pequeñas fogatas, cuando gritaban: “action”, nos levantábamos y cuando nos indicaban, nos sentábamos en un corro rodeando la pequeña hoguera.

Había en mi corro un grupo de muchachas de etnia gitana que hablaban entre ellas y se reían haciendo caso omiso a las indicaciones de los encargados del rodaje, que pedían silencio, y creo que eran familia.

Sobre las 4 de la madrugada una de ellas, muy joven, que había dado a luz alguna criatura y esta estaba en periodo de lactancia, quizá por desconsuelo estomacal, quizá por gamberreo o por llamar la atención, se sacó la de babor, que siempre es la más gorda y auto ordeñándose vertió sobre el medallón que hacía de cuenco, la leche materna y después la bebió sin disimulo alguno. Yo estaba muy cerca y no pude evitar ver aquella maniobra y ella, al percatarse, me dijo la frase: “la verás, pero no la catarás”. Y créanme, que sé que me creerán, que sentí más asco que apetencia y no pude hacer otra cosa que contestarle: “no gracias, yo no bebo otra cosa que no sea vino.”



Grupo de figurantes del rodaje de “Conan, el bárbaro”

“Cuando un equipo de rodaje aterriza en Almería, supone esto una inyección económica nada despreciable. En el caso de Conan el Bárbaro, fue como maná para la multitud de jóvenes en paro que había en aquellos años (y también en estos, por desgracia). A mí me pilló recién licenciado del servicio militar y sin trabajo, beneficiándome de aquel alivio en forma de peculio. Fueron cuatro mil quinientas, seis mil y once mil pesetas, dependiendo si el rodaje se hacía por el día o por la noche, por lo que tengo de esa experiencia un muy buen recuerdo.”

EL NOBEL QUE CON TACOS ENRIQUECIÓ EL LÉXICO

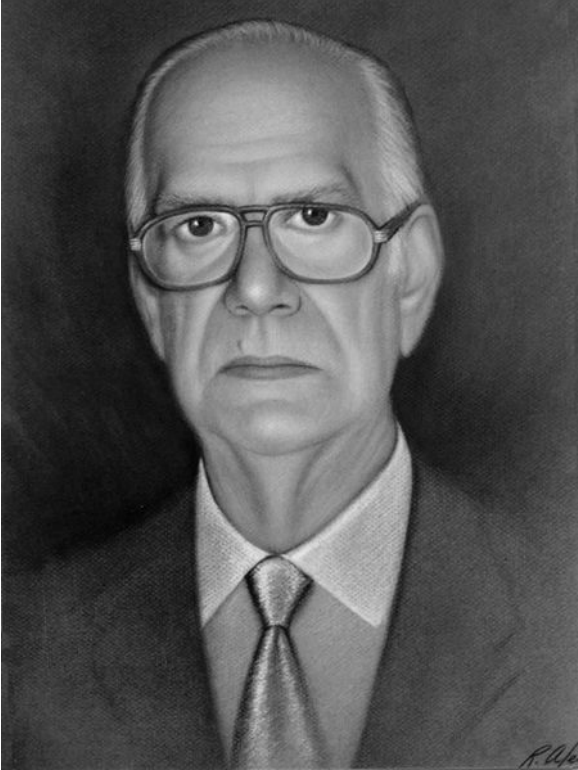
Hizo Camilo, Don Camilo José Cela, unos versos que he buscado en su trabajo sobre “Cachondeos, escarceos y otros meneos”, sin encontrarlos porque estaban en otro cuaderno, que al final hallé.

En este país es más fácil darse a conocer por lo obsceno que por lo decente y los políticos alcanzan pronto fama por lo primero. Son muy listos y lo saben y obscenamente actúan hasta que se hacen famosos y ya no les interesa tanto serlo. Entonces casi preferirían el anonimato. Pero quedan sus hechos, mejor dicho, sus actos, pues del “*corpus delicti*”, que suele ser el vil metal, de ese no queda nada, todo se esfuma en las densas nieblas que coronan las altas cumbres de un país alpino, que sin embargo no tiene costa marítima.

Pero ese no es el tema. El tema es que la política me envuelve el otro tema, los versos de Don Camilo, que son estos:

LOS COÑOS DE RONDA SON
A SABER: COÑO BENDITO,
QUE ES EL COÑO AGARRAPITO,
COÑO BLANDO SABROSÓN,
COÑO DURO REGALÓN,
COÑO VERDE AVENTURERO,
GENTIL COÑO CIPOTERO,

MONTARAZ COÑO PIPUDO,
COÑO ABIERTO Y EN EMBUDO,
Y VIL COÑO CONEJERO.



Retrato de Camilo José Cela, por Ricardo Asensio

Yo no soy premio Nobel, como él, que lo fue en 1989, ni literato “*consagrao*”, pero también tengo vena literaria y gusto de lo políticamente incorrecto y socialmente mal visto, o “*escuchao*” en este caso, e hice otros dedicados al complemento del tema de Don Camilo, que son estos:

SORPRESA GRANDE LA MIA
FUÉ CONTEMPLAR BOQUIABIERTO
COMO LA PICHA DE UN MUERTO
PENDULONA SE MOVÍA.
NO SE ASOMBRE, DON JULIÁN,
ME DIJO EL ENTERRAOR,
DUCHO HOMBRE FOLLAOR,
DE PICHA CUAN BATACÁN
Y PENSAMIENTO MUY CLARO
¿NO LE PARECE AÚN MAS RARO,
Y DIGNO DE ADMIRACIÓN,
CÓMO LA PICHA SE ESTIRA
Y ALCANZA TAL DIMENSIÓN
QUE CONFUNDIRLA PUDIERA
CON UN TRAMO DE MANGUERA
LARGO REMO DE GALERA
O BATACÁN DE CANTERA?
GRAN HERRAMIENTA ES LA PICHA,
GRACIOSA Y DICARACHERA,
MEREDEDORA ES LA MIA
DE MÁS PLACER Y MAS DICHA
Y NO ABSTINENCIAS Y ADVIENTOS
INOPERANTE, TE AMO,
PARA TU EJERCICIO CLAMO
¡UN COÑO A LOS CUATRO VIENTOS!

(Solo aclarar que un “batacán” es una piedra cilíndrica muy grande, ya lo aclaro en mis diccionarios).

“Conocido era el premio nobel de literatura por su falta de inhibición y su verborrea sin filtros. Ya en la televisión de los años setenta, abogó por incluir en el diccionario los vocablos más usados en las conversaciones habituales, como son cojones, carajo y coño, con el más usado para definir el órgano sexual femenino. Hizo unos versos que dedicó al de las habitantes de una preciosa localidad malagueña (algunos dicen que se pasó). Al parecer, el imponente Don Camilo tenía querencia por esta provincia al dedicar también una loa al equivalente órgano masculino (El Cipote de Archidona). Yo, humildemente, escribí sin pretensión alguna una réplica a esa ocurrencia literaria del gran escritor gallego.”

EL OLVIDO DE “JUAN PORCULO”

Acabó un largo día de trabajo para Juan Calatrava Parrón, alias “Juan porculo”, en sus extensos bancales que había talado de árboles y parras para convertirlos en invernadero. Un día de primavera de 1993, además había conseguido vender la leña de la tala a una panificadora del pueblo, sacando un dinero extra por ello además de una subvención, que le llegaría después, por transformar una tierra de escaso rendimiento en una futura industria productiva.

Tenía la garganta seca porque había trabajado mucho ese día y decidió parar en algún bar a tomarse unos cacharros (1). Había oscurecido y estaban ya encendidas las luces azules, verdes y rojas del primer establecimiento que encontró en la carretera que le llevaba de la finca al pueblo, por ruta poco transitada, que discurría entre parrales, próxima a la falda del cerro de Pechocuchillo. Era el club “La dama de los gladiolos”, un original nombre que trataba de emular, de manera cutre, el título de una conocida obra de teatro. Igual el dueño del establecimiento no lo sabía, pero en su negocio también se emulaba de manera cutre el guion de la obra de teatro. También el amor era el protagonista en su pingüe negocio.

Entró “Juan Porculo” en la estancia penumbrosa y se acomodó en un taburete poniendo los codos sobre una barra-mostrador que tenía las horas contadas. No habían pasado aún cinco mi-

nutos y se le acercó una joven que fumaba un “pitillo” delgado y humeante. Y amable, muy amablemente, casi cariñosamente, le pidió que la invitase a una copa. “Juan Porculo” aceptó, no era él de contar batallas y desahogar penas con quien le quisiera escuchar, en este caso una confidente de pago, así que la muchacha bebió rápido su licor 43 con cola y se alejó, dejando antes una especie de “ticket” a la señora que servía las bebidas. Al poco rato, apareció otra y actuó igual que la anterior, la actitud de Juan fue la misma y la muchacha hizo igual a la anterior. Juan sabía que un cacharro (1) en ese establecimiento costaba mil pesetas, pero no que estas se multiplicaban por cinco si quien bebía era una señorita. Y fueron diez las que se acercaron a él, repitiendo todas, la misma jugada. Diez copas especiales a mil duros cada una sumaban cincuenta mil pesetas, que cantarían una falsa secretaria atractiva de un programa truño del cual tardamos muchos años en librarnos, más los seis cacharros de Juan, cincuenta y seis mil pesetas.

Cuando Juan pidió la cuenta, le comunicaron amablemente que eran sesenta mil pesetas, se supone que cuatro mil pesetas más por el espectáculo que apenas se veía en la penumbra y la música hortera y pseudo romántica que cargaba aquel ambiente junto los “sprays” antibaco que gastaron durante la estancia de Juan, que fumaba como una chimenea. Juan puso mala cara y pensó, sesenta mil pesetas, más de lo que el panadero le había pagado por el camión de leña. Resignado, el hombre echó mano a la cartera y no la encontró. Miró en el suelo por si estaba y se puso muy nervioso, de pronto recordó que, cuando llegó a la finca, se quitó la chaqueta para realizar más cómodo y ágil las tareas de la tala y la echó en la zona de carga de su pequeña furgoneta “Citroen C-15” y cuando el panadero le pagó, metió el dinero en la cartera y en vez de en bolsillo trasero del pantalón, metió la cartera con el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta. Así que abrió la puerta de atrás de su furgoneta para coger el dinero, pero

al coger la chaqueta vio la motosierra con la que había estado tallando y la cogió entre sus manos, la arrancó y se le ocurrió entrar dentro de con ella en marcha. Entró al local con la herramienta mecánica que le pesaba en las manos y, como ya estaba muy cansado y algo bebido, se le ocurrió apoyar la moto sierra en la barra y esta atravesó el mostrador de arriba abajo destrozándolo. Rápidamente, levantó Juan la peligrosa herramienta por encima de la altura de sus ojos y volvió a pedir la cuenta. La motosierra hacía un ruido escandaloso y ensordecedor, pese a ello, Juan escuchó claramente la respuesta de todos los empleados del establecimiento, que fue la siguiente: “nada, no se debe nada, puede usted irse, está todo pagado.”



“Después de aquello, “Juan Porculo” siempre acudió a los bares conocidos donde vino, cerveza y combinados tenían un precio más módico, quienes lo servían tenían un aspecto más tosco y los establecimientos eran más iluminados, aunque menos perfumados.”

FERLOSIO Y YO

Me hacen recordar las palabras de Sánchez-Ferlosio, ese intelectual con aspecto de anciano desfavorecido por políticas neoliberales de recortes, una historia y unos versos que escribí para contestar de manera lírica a quienes hacen de los símbolos patrios patrimonio exclusivo.

Fue en 1996 cuando llegaron al gobierno de España estos patriotas, pero sus actos no lo fueron tanto. Gustan de colgar banderas “rojigualdas” en balcones y bufandas de la misma combinación de colores en las bandejas de donde arrancan las lunas traseras de sus coches cuando, en los acontecimientos futboleros, España se bate el cobre.

Yo no hago eso, lo veo hortera. Para mí, cualquier bandera es tela y los himnos poco atractivos musicalmente, excepto el himno de Italia, pegadizo y magistral (será que es de Verdi). Los demás, ni fú, ni fá, como diría “Peret”. Otra cosa, que para mí no es nada indiferente, es que simpatizo con la izquierda, menos dada a usar los himnos y pendones patrios para intereses espurios.

Después de abandonar un siglo de muchas guerras de banderas, una amiga me dijo que no, que no me fiara de quienes el himno y banderas no exhiben con orgullo. Yo le respondí con lírica y, mira por donde, al tiempo descubrí que Don Rafael estaba de acuerdo conmigo.

He aquí mis humildes poemas, de los que Don Rafael Sánchez-Ferlosio, el hermano de Chicho, seguro, no pondría, pero alguno:

Una afinidad o tendencia, no debe ser menosprecio

Para alguien como yo, en su postura muy recio.

Y soy español sin fisura y además cristiano viejo.

Para mí La Patria es gente con su alma y su pellejo,

No es un trapo bicolor que se usa a conveniencia,

Ni una música estridente a la que pocos dan audiencia
(y algunos pitan).

Un concepto de patria más amplio y universal,

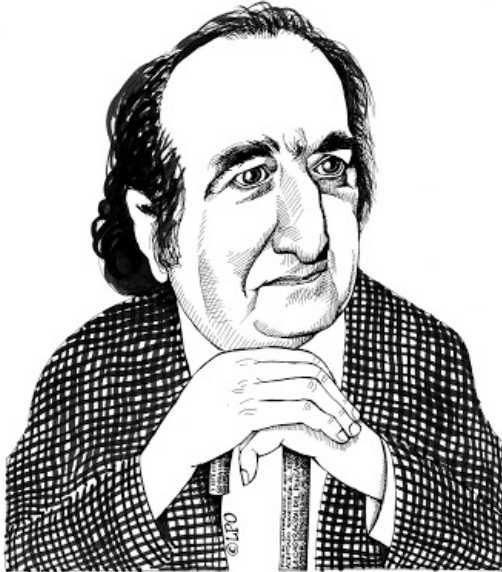
Más extenso, más profundo, variopinto y transversal.

Con argumentos caducos, mucha gente se despacha

Y yo esgrimiendo los míos, por Santiago y Don Pelayo;

Como no soy comedido “vive Dios, que no me callo”.

Y convencido les digo, “cállate y no me seas facha.”



“La ostentación de la españolez me provoca nauseas”. Rafael Sánchez Ferlosio

EL GERANIO Y LA CARNE EN BARRA

Año de 1997, provincia de Almería, reseca y montaraz, en las estribaciones de la sierra nevada. Desde Montenegro hasta El Chullo, cuelgan de sus barrancos casas blancas que son pueblos y todos cuentan con iglesia y estanco.

Yo me dedicaba a suministrar tabaco y timbre, lo transportaba en un camión “L-80 turbo”, con más tiros recibidos que una diana vieja, al que le sentaban aquellas cuestras de la serranía como un polvorón recién sacado del horno en pleno verano a un sediento.

Desde Alhama La Seca, donde nació Don Nicolás Salmerón y Alonso, hasta Bayarcal, todo era cuesta arriba y un radiador abrasante (incluso en invierno). Después volvía, pasando por Beires hasta Ohanes y me deslizaba velozmente colocando la directa, hasta llegar a Ragol, donde ya todo era carretera más aceptable, aunque una vez en 1999 volqué el camión al quedar sin frenos antes de llegar a esa carretera aceptable.

Todo son casas blancas y entre ellas calles estrechas de empedrado, hechas para el tránsito de mulos castellanos y romos y también de algún burro. Hacía el recorrido a toda prisa, porque siempre se tenía que realizar el reparto completo, pero me daba tiempo, no obstante, de perder unos minutos con mi estanquero favorito de la zona: Paco Romero Romero, en Padules, que además hacía un vino magnífico que yo promocionaba vendiéndoles botellas a otros estanqueros de la provincia.

Estaba ubicada la expendeduría en calle que no era particular, sino como las demás, o sea, igual de estrecha y angosta. Y como era calle principal, tenía balcones que daban a aquellas casas cierto aspecto señorial y vivía en ellas lo “mejorcico” del pueblo.

El “L-80 turbo” era alto, llegaba a los cuatro metros en el extremo lateral de la lona. Hacía esa ruta una vez cada mes, pasaba por aquellas calles sorteando balcones y, en algunos, alguna maceta. Una vez me sobraba una maceta y pasé despacio y con cuidado y solo tronché un tallo de la planta. La vi caer junto al lateral del camión a través del espejo retrovisor o “*miraparatrás*”, como lo llamaba un ayudante de nacionalidad marroquí que tuve, pero no le di importancia.

Al mes siguiente, cuando terminé de atender a mi amigo Paco, se me acercó una mujer con un pequeño tiesto en la mano y lo recordé de pronto y empecé a pensar cómo justificarme. Se acercó la anciana y presunta viuda con pañuelico en la cabeza y me dijo: “oiga, señó chofe. El me pazao, al pazá con el camión, me rompió usted un tallo de este giranio, y ma s’ecaó”. Yo, con cara seria como si me importase mucho, le dije a la señora y presunta viuda: “lo siento mucho, señora. Tuve mucho cuidado, pensé que el tallo doblaría y no troncharía. De todos modos, tiene usted muchos más geranios”. “Ya -me dice la señora- pero ez que ehte me lo sembró mi marío, que en pá dezcance, y me lo dejó de recuerdo”.

Yo tuve que atajar el asunto, porque ya había coches esperando a que me fuese con el camión para continuar ellos la marcha, y dije: “bueno señora, ¿y por qué no le dejó su marido algo que sin duda es de mejor recuerdo, dicha y alegría en un frasco conservado con formol?”

La señora viuda, ya no presunta, sino confesa, puso un gesto raro. No sé si lo entendió, si pilló la indirecta, como se dice aquí, pero yo, aprovechando que los coches a los que bloqueaba ya llevaban demasiado tiempo esperando, raudo subí a la cabina,

arranqué y me encaminé hacia Almócita, mi siguiente punto de reparto.



“De la experiencia vivida en mis quince años de servicio a las expendedorías de tabacos y timbres de la provincia de Almería, la que cuento en este relato, es sin duda la que fue más comentada en el pueblo. Incluso llegó su eco hasta la delegación de Tabacalera en Almería. La respuesta a modo de urgencia que le di a la damnificada por la mutilación de la planta de su maceta para salir airoso de aquella tesitura, unos la consideraron genial y otros, grosera, pero todos coincidieron en la validez de la misma para salir bien parado de aquel trance. Al fin y al cabo, un recuerdo a modo de cenotafio vegetal no merecía más litigio que una disculpa y una explicación.”

LA IGUALDAD QUE OTORGA LA MUERTE, ES UNA FALACIA

Empezó a escribirse una historia en 1999 que terminó en otro siglo, fue su desenlace de muerte. Nada hay gracioso en ella, si acaso que se desencadenó en Sevilla, ciudad de mucho salero. Sin embargo, es una historia que pone de manifiesto una realidad palmaria que va más allá de la frontera entre la vida y la muerte y ninguna gracia tiene. Es una historia fatalmente real y que nada tiene de alegría sevillana.

Ocurre en septiembre, extensión del largo verano. El escenario, un famoso cementerio de tumbas de toreros y folclóricas que recibe muchas visitas. Siempre están llenos sus jarrones de flores, aunque no sea primavera. Ahora se está imponiendo eso de la cremación, cosa que merma el negocio de “*vendeores*” de flores que se ofrecen a la entrada de un recinto, que es como un pueblo de inertes habitantes donde han instalado un horno también al entrar.

Sevilla es una ciudad grande, mas nunca imaginé que la actividad funeraria fuese tan intensa, cada siete minutos, más o menos, llegaban vehículos fúnebres con su quieto ocupante detrás, horizontalmente dispuesto y metido en un arcón bien flamante de reluciente barniz y, en muchas ocasiones, tallado hasta el barroquismo. Eran coches de lujo, “Mercedes S-400 y S-500”.



Imagen de “El Confidencial”

Llegaban lujosos y brillantes estos automóviles de tipo familiar, aunque con escasos ocupantes, seguidos de un gran número de acompañantes, todos con cara de circunstancias. Sinceridad e hipocresía se hermanaban para despedir a quien se convertiría en cenizas y humo. Al llegar fastuosos los cortejos formados por coche y “dolientes”, se acercaba un familiar al vestíbulo del cementerio y entregaba al empleado unos papeles, el certificado de defunción, supongo, y supongo que necesario requisito para asegurar que a nadie quemasen vivo. A la media hora, más o menos, salía el empleado y entregaba al deudo otros papeles o quizá los mismos compulsados y tramitados. También una bolsa con algo dentro del tamaño de un botijo y parecido formato.

Entre el quinto y sexto coche, llegó el que me llamó la atención. No era un flamante Mercedes, sino un viejo “Volkswagen Passat-Break” descolorido por el tiempo y el implacable sol sevillano. Este coche no traía compañía, solo iba el chofer y el ocupante de atrás era un indigente. Mala vida y mala muerte. Sacaron del coche un féretro polvoriento, con arañazos y algunos remiendos de masilla de reparación de madera. Alguna O.N.G., Organización Fosora para Desheredados o quizá el Consistorio Sevillano, había “*apechugao*” con el muerto. Era el cuerpo sin vida de alguien anónimo que habría tenido seguramente una vida y

una muerte miserable, ni siquiera alcanzó la igualdad que dicen que otorga la muerte en su último día sobre la tierra. Quedó de manifiesto que el ocupante de ese ataúd era diferente, quedó inédito como persona, ya que el féretro no se abrió en ningún momento, anónimo cómo vivió, sin importar a nadie. Mala vida y mala muerte, tan solo después de muerto, esta criatura infeliz alcanzó protagonismo, aunque solo fuese para atraer las miradas de los que nunca percibieron su existencia.



Acceso al crematorio

“Las pomposas comitivas fúnebres delatan con frecuencia la condición social de sus protagonistas, a más o menos lujosas sean. Sepulcros de camposantos indican también la alcurnia del finado. Es, por tanto, inexacta la afirmación de que la muerte nos iguala a todos, porque, aunque es verdad que al morirse se pierde la conciencia de quienes somos o fuimos, queda de manifiesto lo que fue nuestra vida según sea nuestra sepultura. El caso de este relato es distinto, pues la señal de una vida miserable no se esfumó hasta abandonar el último carruaje que se toma hacia el crematorio.”

DE PORQUÉ ME TENÍA MANÍA EL CURA DE MI PARROQUIA

-CAPÍTULO PRIMERO-

O toño del año 2000, el último del siglo y del segundo milenio. Bajaba yo por una calle angosta para comprar tabaco y lumbre, bueno, realmente la lumbre me la regalaban los estanqueros, pues era yo muy querido por estos, al contrario que por la curia de la congregación religiosa cercana. A Padres y legos les caía fatal, excepto a “Andrés Gasolina”, titular de la sacristía. Yo le hacía gracia, quizá porque era como él, “patilargo y *desgarbao*”. Al llegar al ensanchamiento que tiene la calle, que alivia su angostura justo donde está la iglesia, había un gran gentío. Salían los asistentes de una misa de difuntos y no era un difunto cualquiera, me di cuenta, por la manera en que salía el ataúd por la puerta, ya que no lo sacaban con los pies por delante como suele hacerse con los mortales comunes. A los ministros de Dios en la tierra les pasean el “fatal estuche” en posición inversa, siendo la parte ancha de este la que va por delante. Es menos aerodinámico, pero tampoco se suelen alcanzar grandes velocidades en los cortos recorridos que van desde el altar mayor de la iglesia hasta el coche funerario. Es, por tanto, que la cantautora Cecilia yerra gravemente en su canción de Don Roque, dedica-

da a un cura. Dice que salió de su parroquia y de este mundo con “los pies *pa'lante*”, parece raro tan garrafal fallo en una hija de diplomático avezada, supuestamente, en las formalidades y el protocolo, pero siempre se dijo que, “en casa del herrero, cuchillo de palo”. Esta ausencia de sintonía entre la curia y yo venía de lejos. Era la congregación, iglesia y colegio y en el estuve yo de “muete”⁷. Una vez, en el patio de recreo, cogí una hoja carnosa de una planta a la que llaman “uñas de gato” y estrujándola contra la tapia que separaba el patio del colegio con la casa-palacio del gran pintor Don Jesús de Perceval, escribí la palabra “COÑO”, así, con mayúsculas.



Mientras la escribía apenas se notaba, pero al secarse el fluido acuoso de la planta, quedó marcada aquella palabra soez en un color ocre sobre fondo blanco de cal de manera muy perceptible. Fue mi primera pintada, luego llegaron otras menos obscenas, pero más molestas. El superior del convento supo que fui yo, el

7. MUETE: (Ribera de Navarra) De mozo, mocete, muchacho joven o niño, Zagalón.

colegio estaba lleno de niños pelotas y chivatos y me echó el ojo ya desde aquella “hazaña”. Era el superior y también el director del centro, un hombre adusto⁸, serio, de fuerte personalidad y rasgos afilados. Portaba un apéndice nasal que apuntalaba su reputación de persona seca y dura. Parecía Vasco-Navarro, pero era autóctono. Había, en aquel tiempo, mucho cura “euskaldún” por mi provincia, el obispo era guipuzcoano y su sucesor de Mues (Navarra), ambos fueron ínclitos y muy queridos, llegando el primero a ser cardenal o “moratón”. No recuerdo exactamente si deduje o me contaron la causa de tal animadversión de la plantilla de la parroquia-convento hacia mí. Quien sí lo dedujo fue el Padre Antonio y la clave eran “Las Ánimas”, no las del purgatorio, se les llamaba Ánimas a unos habitáculos de madera con un cristal que dentro llevaban una pequeña imagen de San Antonio, que era el patrón del barrio. Llevaban estos habitáculos un enchufe y permanecía la imagen iluminada en las casas de los feligreses durante toda su estancia. A algunos chicos les daba miedo ver una habitación a oscuras y al fondo de esta aquella caja de madera iluminada, algunas veces con velas y “mariposas” flotando en un tazón con aceite.

Disponían estos habitáculos para imágenes de santos en miniatura, de un cajón y sobre la tapa de este una rendija para que los devotos de San Antonio introdujeran alguna limosna para ayudar al santo y que este ayudase a los necesitados.

Yo me las ingení para abrir el cajoncillo que contenía las monedas. No precisé gran técnica, ni siquiera la de un habitual del “desparrabo”⁹, una simple llave de abrir puertas de armarios me sirvió para hacerlo.

8.ADUSTO: Persona rígida, de trato áspero y desagradable, un “malafollá”.

9. DESPARRABO-DESPARRAME: Dícese de acción delictiva menor relacionada con la sustracción y el latrocinio, nada que ver con ninguna actividad política.

-CAPITULO SEGUNDO- (MÁS CORTO).
DE COMO DON ANTONIO SE “COSCÓ” DE QUIÉN
LO DESVALIJABA

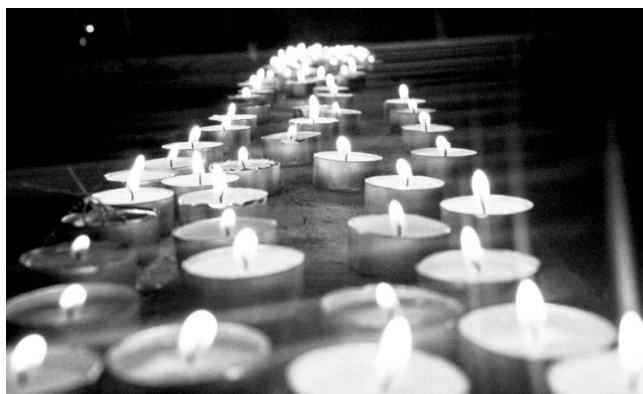
En mi niñez, pasé dos años fuera de la provincia y, por tanto, de la parroquia y Almería era una ciudad pequeña. Era fácil controlar a los feligreses de una parroquia que eran menos en número que los habitantes de la ciudad. Durante mi ausencia, las limosnas no menguaron. Volví a la ciudad y pese al aumento en prosperidad pecuniaria de sus habitantes, volvió a mermar el peculio en aquel “cepillo itinerante”.

El *Ánima* circulaba por todas las casas del barrio que abarcaba la parroquia, desde la de la “Fuentecica” hasta las de la plaza de toros. Moraba en cada casa de parroquiano al menos tres días. Entonces, la gente visitaba y las visitas eran todas creyentes y temerosas de Dios, al menos en apariencia, que era eso cosa bien vista y también contribuían con su limosna. En cierta ocasión, intercepté a la señora que traía a mi casa el santo en miniatura y le dije: “no, Doña Consuelo, mejor antes a Doña Maruja, la de enfrente, que, aunque solterona, es más devota de San Antonio y puede que aun espere de él algún milagro”. Doña Consuelo se sonrió, había captado mi borde sugerencia, aunque no era concedora de mi rapiña de apóstata, sino la ironía hacía Doña Maruja, que era beata de postín, de posibles, dadivosa y fea, un auténtico “loro”. A Don Antonio no le encajaba tanta tacañez parroquiana en época de mayor bonanza que dos años antes y empezó a “mosquearse”. Años más tarde, tuve que cumplir deber patrio en tierras asturleonésas y la generosidad parroquiana se hizo más ostensible en forma del mal llamado “vil metal”. Cuando regresé, “lampante y canino”¹⁰ y ¹¹, volvió a notarse

10. LAMPANTE: Barbarismo Italiano, transparente, limpio como quien sale del baño, sin nada encima.

11. CANINO: Relativo a cánido, pobre y piojoso como un perro vagabundo.

la merma de modo escandaloso coincidiendo con mi vuelta. Don Antonio lo tuvo fácil, el niño rubio, barbilampiño y “patilargo”, precursor del “grafitismo” de mal gusto, tenía que ser el causante de la merma. Cuando Don Antonio abría el cajón del Ánima, agarraba unos berrinches coléricos y sonoros al ver el escaso contenido y lo pagaba con el bueno de “Andrés Gasolina”, el sacristán. Tenían este y Don Antonio un parecido físico notable como de ser familia cercana, primos segundos tal vez o quizá algo más cercano, y no insinuó nada con esto, estaba pensando en un hermano menor. Aun siendo parientes, no se cortaba un pelo el superior del convento con el bueno del sacristán, y sufrió mucho este mientras ejerció como tal, hasta que una feligresa madura pero elegante y de buen ver, lo salvó de la sacristía y de las iras de Don Antonio, casándose con él, acogiéndolo en su generoso, presunto y ardiente seno y colocándolo de recepcionista en un taller de camiones. La muerte le llegó a Don Antonio un día de octubre del año 2000 y con ella seguramente su acceso a la gloria, y no sentí yo, al enterarme de la identidad del muerto, remordimiento ni regomello alguno, ya que aporté con mis “sisas” a la parroquia mi grano de arena. Escuché una vez que Dios dijo que era más difícil que un rico entrase en el reino de los cielos que meter un jorobado en una cantimplora, o algo así escuché. Por tanto, con mi contribución a la merma de su caudal, pienso que le facilité el acceso a la gloria... ¿o no?



“Mis recuerdos de lo que adquirí, lo que llaman uso de razón, están repletos de la parafernalia religiosa, misas, novenas, témporas, procesiones y romerías. Se vivía en un estado que era de exaltación patriótica y religiosa. En todas las casas había crucifijos, imágenes de santos religiosos y cuadros de Zurbarán, también alguna estatuilla. Distribuían las parroquias por las casas unas imágenes dentro de un habitáculo de madera con un cristal en la parte frontal a través del cual podía verse un santo o virgen en miniatura. Disponían estos pequeños altares de un cajón con ranuras incorporado al mismo armarito (eran cepillos ambulantes). En algunos casos, también había un pequeño cartel donde se leía “Ayuda a los Necesitados”. Yo, interpretando juiciosamente ese cartel, reflexioné que ningún necesitado era mejor que yo, pues en época de escaseces, la caridad y la solidaridad empiezan por uno mismo.”



In Memoriam, Juan Alcocer Galindo
“un buen hombre”

EPÍLOGO

Los primeros días siempre son los más duros, sobre todo el primero.

Tremendos deben de ser 63 años con sus 365 días, más algunos de propina por eso de los bisiestos. Sin embargo, todo el mundo es prisionero del pasado. Se añora este con alegría, pero también con lágrimas. Hacen bueno el dicho de que tiempos preteritos siempre fueron mejores. Yo, que soy un inconformista, rebusqué en mis recuerdos y hallé que malos y buenos se solapan y de ellos se nutre la historia, la historia que no escrita en libros y la que se grabó en la memoria de quienes la vivieron y a poca gente contaron. Hay historias que no se editaron, pero están escritas, aunque invisibles y ocultas en la memoria de algunos o de muchos, por tanto, injusto es que sean conocidas solo por quienes las vivieron y los pocos a los que fueron contadas. Son „las infrahistorias“.

La primera, cuenta la de un carbonero dado a la guasa y la broma de trazo grueso, admirable su condición dicharachera y simpática en tiempos previos a los más oscuros del siglo XX en España. Casi premonitorio pareciera lo negro de su oficio y lo tenebroso de la estancia donde lo ejercía, al periodo maldito que marcaría el resto de estas „infrahistorias „ que viví o me contaron y que aquí relato. Son estas „infrahistorias“ no editadas, dispares

por dramatismo o comedia en su contenido, porque siendo contemporáneas, en un tiempo de claros y oscuros, tiñen de tragedia o comedia lo que acontece en el transcurso de sus días.

Terminan mis relatos con un desenlace postrero, a caballo entre dos siglos, con una causa fatal que tuvo su origen en el anterior y su desenlace en el que hoy transcurre. Una historia que dice que la vida y la muerte, con sus mitos y tópicos, es una falacia. Ni la vida es bella ni la muerte iguala a quienes la abandonan, solo la piedra que cae sobre nuestra sepultura y sella los restos de nuestra existencia, separando a los vivos de los muertos, iguala a quienes compartieron el mismo aire y pisaron la misma tierra. Lo demás es retórica de hipócritas frases hechas.

Y entre la fatal causa y su fatal desenlace, dos relatos jocosos muy próximos en el tiempo: uno habla de la carne muerta y otro de la carne viva, de la muerte y el acto primario de la genética, que siempre van de la mano. Vida y muerte, inseparables siempre. Consideré de justicia que esas historias no quedaran en la sombra del inexorable paso del tiempo y decidí escribirlas sin otra intención que salvarlas del olvido. Las relaté y di acceso a ellas a un grupo de amigos con la intención de conocer qué interés despertaban en ellos los relatos de unos hechos acaecidos en el siglo en que vieron la luz del mundo por primera vez. Doy las gracias a ellos por dedicarme su tiempo leyéndolas y por sus opiniones favorables e incluso elogiosas.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
EL CARBONERO SATÍRICO	15
LAS TROMPETAS DE JERICÓ.....	19
PATROCINIO Y EL CIRCO PARA ADULTOS	23
EL ESPECTRO DE LA NIÑA MUERTA.....	29
EL LUCTUOSO ATUENDO.....	35
LOS QUE REPITIERON MILI.....	39
LA EMIGRACIÓN INVERSA	41
1950, LA HISTORIA MALDITA	45
EL DÍA QUE NACÍ YO.....	49
EL LIBERTARIO, TAMBIÉN LLAMADO “JUAN ENCUEROS”...	53
LA ZORRA VEGETARIANA	57
EL VENDEDOR DE VINAGRE.....	61
LA MOBYLETTE Y LA SANGLAS - ROVENNA <i>(El accidente entre quienes las montaban)</i>	65
DEMOCRACIA ORGÁNICA (DENTRO DE UN ORDEN)....	71
DISYUNTIVA PARA UN ASNO (O BURRO)	75

TREINTA Y DOS AÑOS DESPUÉS DEL GLORIOSO DÍA AQUEL	79
LA FIERA CORRUPA.....	83
OTOÑO DE ANGINAS Y CATARROS	87
UN AMOR EN CADA PUERTO Y SUS CORRESPONDIENTES VENÉREAS	93
EL MARGINAL LUIS, AMANTE DE LOS PERROS.....	97
HUMO DE CELTAS, LA ROÑA Y LAS RATAS.....	101
PENITENCIA A UN VOYEUR	105
POR QUE ACOJONARSE ES TENER MIEDO	109
EL PROFESOR DE F.E.N. (Y GIMNASIA)	119
EL BARRIO PROHIBIDO, O LA ROULOTTE DEL RATA ...	123
LOS GATOS MASOQUISTAS.....	127
EL FANTASMA DE TABERNAS NO ERA HIJO DEL BOTICARIO.....	131
CANNABIS.....	135
LA TETA Y EL MEDALLÓN CÓNCAVO	139
EL NOBEL QUE CON TACOS ENRIQUECIÓ EL LÉXICO ..	143
EL OLVIDO DE “JUAN PORCULO”	147
FERLOSIO Y YO	151
EL GERANIO Y LA CARNE EN BARRA.....	153
LA IGUALDAD QUE OTORGA LA MUERTE, ES UNA FALACIA.....	157
DE PORQUÉ ME TENÍA MANÍA EL CURA DE MI PARROQUIA.....	161
EPÍLOGO	169

